

RALPH BARBY

LA LEYENDA DE AIMEE

TERROR


escalofríos de
TERROR
RIP

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, es simple coincidencia.

RALPH BARBY

LA LEYENDA DE AIMEE

colección
ESCALOFRÍOS TERROR Nº 5

:diciones Olimpic S.L.
ıpdº Correos, 9428
)8080 - Barcelona

ISBN 84-7750-019-3

Depósito Legal M-26.167-1987

1ª edición Septiembre 87

Fotomecánica LOSER S.A.
Puerto Príncipe, 24
08027 - Barcelona

Imprime FUTURA - GIESA

Distribuye: R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca
Sector B, Calle B, nº 11
08004 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

England, 1921.

Una pequeña orquesta amenizaba la fiesta de cumpleaños de la joven Aimee.

Todas las luces de la regia mansión Rawton estaban encendidas, la casa parecía un ascua, pero era difícil que alguien pudiera verla desde la calle o mansiones vecinas, ya que una amplísima extensión de jardines y grupos arbolados la rodeaban sin agobiarla.

Los camareros pasaban las bandejas con copas de champaña francés, atentos a que ningún invitado quedara con su copa vacía. Las mujeres hablaban de sus amigas y de los vestidos que estas lucían.

Los hombres, todos de *smoking*, intercambiaban opiniones y lanzaban insinuaciones sobre posibles futuros negocios.

La Inglaterra de aquellos días despertaba con pujanza después de una guerra, la industria funcionaba a pleno rendimiento y crecía con rapidez mientras los halcones que viajaban a ultramar ofrecían todo aquello que sabían podían rapiñar en otros países más pobres o sometidos: Caucho, especias, minerales, frutas, cereales, etcétera.

Aimee se sentía como flotar en la espuma de la champaña. Aquella era su presentación en sociedad. No era una muchacha presumida ni arrogante, pero era consciente de su belleza, de que atraía las miradas de los hombres. Sus ojos eran grandes y azules, su rostro suave como el melocotón de Ceilán, su cuello largo y esbelto. Sus jóvenes pechos se adivinaban duros. Su cintura era estrecha, sus caderas redondas, y de ellas nacían unos muslos prietos, jóvenes y elásticos.

En ocasiones, se sentía como desnuda frente a aquellas miradas y hasta se llegaba a sonrojar porque en el fondo le agradaba tal sensación.

Aimee vestía un traje blanco de seda brillante, con un amplio cinturón color de rosa y una cinta alrededor de la frente haciendo juego. El vestido seguía la línea de moda, marcando apenas las formas femeninas que, en el caso de Aimee, no se podían ocultar. Quizás aquel vestido resultara algo largo para bailar el charlestón, tan en boga por aquel entonces.

—Estás preciosa —le dijo su hermana Daisy, acercándosele y cogiéndole el rostro cariñosamente.

Daisy era algo más alta que Aimee. Ambas muchachas eran muy hermosas, rubias ambas, aunque el cabello de Daisy era mucho más claro, casi platino.

—Esta es tu noche, Aimee, aprovéchala, esta fiesta no la olvidarás en tu vida. ¿Te has fijado lo guapo que está el primo yanqui?

—Admito que es muy atractivo, pero también hay otros que lo son.

—Cierto, pero los americanos son menos serios, menos Victorianos que nosotros.

—Sí, son más parlanchines —asintió Aimee cuando precisamente se acercaba a ellas el primo americano, un joven alto, de cabello trigueño, muy cuidado todo él y con una sonrisa cínica permanente en su boca y en sus ojos, rebosantes de picardía.

—Hola, Steve. ¿Te aburres en mi fiesta? —le preguntó Aimee.

—¿Aburrirme? Si me aburriera, bastaría con darte una ojeada para pasarlo grandioso.

—Vaya —exclamó Daisy —no creí que los americanos fuerais tan galantes, aunque solo con una mujer...

—Es que mirarte demasiado fijo, es exponerse a quedarse ciego, Daisy.

—¡Uy, qué cursi! —bromeó Daisy, halagada en el fondo.

—Podemos brindar con champaña. Por cierto, este Dom Pérignon es magnífico.

Bebieron y luego bailaron. La fiesta siguió su curso. Se formaron los pequeños corros de rigor y Aimee fue dejando de ser la estrella cegadora, aunque todos le dedicaban sonrisas y frases amables.

Para ella, era su gran noche. Para muchos de los que allí estaban, Aimee solo era el pretexto que les permitía reunirse en la mansión Rawton.

—Ahora que te dejan en paz, ¿te apetece salir a la terraza? —le propuso Steve, el primo americano.

—Pues sí, tengo calor.

—Es una magnífica mansión —opinó Steve.

—Cuentan que en América las casas son también muy grandes.

—No todas, querida prima, no todas. La verdad es que esta resulta algo antigua, casi sombría para mí gusto.

—Tiene más de doscientos años.

—Y quizás trescientos, sin embargo se ve muy bien conservada.

—Las mansiones como Rawton jamás son viejas, antiguas sí, pero nunca viejas.

—A mí me gusta más lo nuevo —opinó Steve algo displicente mientras avanzaba y casi obligaba a caminar a Aimee hacia la escalinata que de la terraza descendía al jardín.

—La casa nueva y la casa antigua son para mentalidades diferentes. En la nueva, lo empieza uno todo, es como si no existiera el pasado.

—Y los ingleses estáis muy orgullosos del pasado.

—También del presente.

—Sí, pero en el pasado, en esta mansión han podido suceder asesinatos,

torturas, robos.

—Si te refieres a que hasta pueden haber fantasmas, claro que sí, no hay mansión que se precie que no tenga su fantasma.

Steve se rio.

—¿Y cómo es el vuestro, arrastra cadenas, viste de verano o de invierno?

—No te burles. Aquí, estas cosas las tomamos muy en serio.

—Claro, el viejo continente, lleno de fantasmas, espectros, magia, lucha de religiones...

—De todo eso también tenéis en América —replicó Aimee, ya algo molesta por las ironías del primo americano, con el que tampoco deseaba enfadarse porque le gustaba mucho.

—Parece que la vieja Europa es el caldo de cultivo de los fantasmas, claro que también hay hadas como tú.

El halago contuvo posibles réplicas de la joven. Durante la noche había oído infinidad de halagos, pero las palabras del primo americano, a solas en el jardín, calaron más hondo, la sensibilizaron.

Siguieron paseando, adentrándose en lo más recoleto del jardín donde los setos de cipreses eran altos, muy bien recortados, pero formando muros casi impenetrables. La música les llegaba tan lejana que apenas se oía. En una noche como aquella, donde toda la mansión era una fiesta, en los jardines podían sentirse inmersos en una gran soledad.

—¿Qué es esa caseta que se recorta al fondo contra la luna? —preguntó Steve.

—El panteón familiar.

—¿Panteón, guardáis ahí a vuestros muertos?

—Ahora ya no, pero hasta finales del siglo pasado sí eran enterrados aquí los Rawton que morían. El panteón está limpio y cuidado, pero se ha quedado como enquistado dentro de estos jardines.

—Los ingleses tenéis cosas fabulosas, cosas que no se nos ocurren a los americanos.

—Son legados del pasado.

—Te juro que me gustaría verlo.

—Bueno, pues mañana se lo dices a mí padre.

—No, ahora.

—¿Ahora, estás loco?

—¿Qué te ocurre, primita, es que tienes miedo?

—Será mejor que regresemos a la fiesta, nos hemos alejado demasiado y pueden notar nuestra ausencia.

—Vamos, vamos, todos están algo bebidos.

—¿Quieres decir que están borrachos?

—No, eso no, pero que todos han bebido, sí. Además, las mujeres

tienen que contarse sus cotilleos y los hombres, cerrar sus negocios. Nadie notará nuestra ausencia, vamos.

La cogió de la mano y la obligó a andar hacia el panteón.

En la noche, sin más luz que una gran luna, el panteón resultaba tétrico y de líneas poco definidas. En sus orígenes debió ser un pequeño cercado donde se enterraba a los difuntos de la familia; más tarde, habían levantado la pequeña edificación de piedra que a lo largo de generaciones había sufrido modificaciones por mejoras o ampliaciones.

A la entrada había una verja de hierro que daba acceso a un pequeño atrio de no más de tres metros cuadrados. Después había una puerta de bronce sostenida con tres gruesos pernos.

El propio Steve abrió la verja con facilidad, no tenía cerrojo sino una cadena que estaba suelta. Los hierros gruñeron.

—Esto es muy interesante.

—Vamos, Steve, no me gustan estas bromas.

—No entiendo por qué tienes tanto miedo, ya eres una mujer. Esta noche has sido presentada en sociedad, a la familia, a los amigos, eso significa que ya eres una mujer y puedes tener ciertas satisfacciones.

—¿Satisfacciones? No sé a qué te refieres.

—Ya te contaré. Oye, ¿cómo se abre esa puerta? —preguntó, señalando la de bronce.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Haremos una pequeña visita a tus antepasados, en una noche como esta creo que es imprescindible. Eres una vestal virgen, porque eres virgen, ¿verdad?

—¡Steve!

—No te enfades, primita. Estáis demasiado encorsetados por la moral victoriana, os falta un poco de libertad, libertad de pensamiento, de acción, libertad para conseguir satisfacciones.

—Por favor, regresemos a la fiesta.

—Un momento, tengo una gran curiosidad por visitar el panteón contigo. Verás cómo esta noche no la olvidas jamás.

—No voy a olvidarla nunca.

—Ya lo sé, pero sin algo especial como esta visita, la fiesta acabaría siendo una más de puesta de largo. Ahora, ¿cómo abrimos esa puerta?

—Está cerrada, ya lo ves.

—La llave puede estar cerca, salvo que la tenga tu padre en la caja fuerte.

—¿Qué esperas encontrar dentro?

—Nada.

—¿Entonces?

—Verás, quiero tener una experiencia.

—¿Cuál?

—Darte un beso.

—¿Un beso ahí dentro?

—Sí, un beso ofrecido por la joven virgen a sus antepasados.

—Tú has salido de una loquería, Steve.

—Sí, de un manicomio que se llama Libre América —palpó entre las uniones de unas piedras hasta exclamar—: ¡Ya la tengo! Tenía que estar aquí, el jardinero ha de encontrarla fácil para poder limpiar.

Introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar sonoramente y después empujó la puerta, abriéndola.

—Uf, qué olor a humedad.

—¿Y qué esperabas?

—Adentro.

—No quiero.

—¿Miedo?

—Y si lo tengo, ¿qué?

—Mejor, así tendrás un placer sadomasoquista.

—Steve, me das miedo.

En contra de su voluntad, Aimee entró en el panteón que se hallaba a oscuras. Dentro nada podían ver salvo el hueco de la puerta, bien recortada merced a la luz lunar.

—Tranquilízate, solo será un beso, porque tú deseas que te bese, ¿verdad?

—Yo quiero irme —dijo la muchacha en voz baja, como temiendo molestar a alguien que pudiera estar presente.

Steve demostró tener experiencia con las mujeres. Supo rodear con sus brazos a la joven y estrecharla contra sí. Notó que ella temblaba y el ligero movimiento del cuerpo femenino, por miedo u otras emociones, le agradó. Buscó su boca en la oscuridad y la besó.

Primero fueron besos suaves, casi furtivos, como roces de ala de pájaro que tranquilizaron a Aimee. Después, el beso se hizo más profundo y habilidoso.

Aimee notó las manos del hombre en su cuerpo. La acariciaban por encima de la tela del vestido, siguiendo las formas del cuerpo.

El primo americano tenía más experiencia con las mujeres de la que Aimee había supuesto, y así lo notó cuando las manos masculinas le subieron la falda.

—No, no, no... —protestó.

La falda le fue subida con rapidez por encima de las bragas. La joven opuso resistencia, quiso zafarse del hombre, pero no era fácil. Steve era más fuerte y hábil que ella en circunstancias como aquella.

—Quiero que no olvides nunca esta noche, nunca —susurraba él con

voz ronca.

—No, no —siguió protestando Aimee, quitándole una mano, pero él utilizaba la otra. Era como un pulpo tratando de desnudarla aprisa, con apremio y deseo.

La humedad del panteón se introducía por la nariz de la mujer junto con el aliento cálido y con olor a champaña que escapaba de la boca del primo americano.

—Aquí, ante tus antepasados, has de entregarme tu virginidad.

—No, por favor, no...

Por más resistencia que trataba de oponer a los imperiosos deseos de Steve, las fuerzas le flaqueaban dentro de aquel recinto en el que no veía más luz que la del exterior a través de la puerta.

Todo lo demás era oscuridad, pero sabía muy bien que allí moraban los restos de sus ancestros. Los olores, el calor de la situación, porque también su cuerpo sentía calor. Era el no querer y por contra, el desear entregarse. No sabía si amaba o no al primo americano, pero sí sabía que le atraía poderosamente, que la embriagaba como hombre, y aquella embriaguez de sensualidad la estaba perdiendo.

¿Cuánto tardaría él en conseguir lo que se había propuesto al buscar la soledad y la complicidad del panteón?

Steve le colocó el antebrazo horizontal tras la cintura y empujó su tronco con la mano izquierda obligándola a arquearse hacia atrás para depositarla en el suelo sin caída alguna.

Aimee notó la frialdad de las piedras en su piel desnuda, en parte de su espalda, en las suaves curvas de las nalgas, en el dorso de los muslos.

—No, Steve, no, te lo suplico...

El hombre debía estar convencido de que las súplicas de Aimee, hechas con voz ronca, no entrañaban demasiada resistencia porque continuó ansioso de conseguirla.

De pronto, la puerta de bronce se cerró con violencia, produciendo un fuerte ruido y un temblor que hizo vibrar las losas sobre las que la muchacha estaba tendida.

—¿Qué ha sido eso?

—¡La puerta! —exclamó él.

—¡Hay alguien, hay alguien! —gritó Aimee tratando de ponerse en pie.

—¡¡Aggggg!!

Aimee quedó ensordecida por el grito lanzado por Steve, el cual dejó de estar encima de ella.

La joven se arregló el vestido rápidamente y corrió hacia la salida.

Forcejeó con la pesada puerta hasta lograr abrirla. De un salto casi felino, salió del recinto, quedando en el pequeño atrio frente a la verja cerrada, una verja que debía abrirse con facilidad pero que se le resistía.

—Aimee, Aimee —fue interpelada con voz gutural, alargada.

La joven se volvió hacia la puerta por la que acababa de escapar, esperando que Steve saliera tras ella.

Del interior del panteón apareció una pica o lanza en cuya punta estaba clavada la cabeza de Steve, una cabeza brutalmente cortada por un hacha, espada o guillotina, una cabeza que chorreaba sangre.

Los ojos todavía se movían, como queriendo expresar algo, como buscando donde fijar la mirada en los últimos instantes que podría hacerlo. Por la boca entreabierta también escapaba la sangre. La visión era horrible.

Aimee jamás había imaginado que se encontraría en una situación semejante. Steve había sido decapitado y su cabeza estaba allí, al alcance de sus temblorosas manos. Ya no podía pedir ayuda, era tarde, demasiado tarde, todo estaba salpicado de sangre.

—¡Noooo! —gritó Aimee.

Se agarró a las rejas dando la espalda a la cabeza cercenada que se le echaba encima, empujada por la lanza en cuya punta estaba clavada.

Se abrió la verja y Aimee escapó corriendo chillando enloquecida.

Su mente fue incapaz de soportar la tragedia mientras su cuerpo huía sin saber adónde por los jardines de la mansión Rawton.

CAPÍTULO II

La música que brotaba del piano de cola era melancólica, nostálgica. Se esparcía por gran parte de las dependencias de la mansión Rawton, inundaba el salón. Era una música bella pero entristecía.

La señora Rawton se había acostumbrado a la música que nacía de las manos de su hija menor Aimee, y se decía a sí misma que ya no dejaría nunca de oír aquella música muchas veces repetitiva, solo adagios continuados, algunos escritos por músicos célebres, otros creados al vuelo, sobre la marcha.

Aimee vivía encerrada en sí misma. Su rostro hacía tiempo que era demasiado pálido. Al verla, cualquiera podría opinar que Aimee estaba enferma, si no física, sí mentalmente. No había alegría ni vivacidad en aquellos ojos azules cuya mirada, en muchas ocasiones, perdía fijeza.

Todos trataban de no perturbar a Aimee que a veces entraba en crisis de llantos excitados, crisis nerviosas. La rodeaban de cariño y comprensión mientras se lamentaban de la tragedia.

Bette era una joven pelirroja poco mayor que Aimee y educada en el mismo colegio, aunque su familia carecía de medios de fortuna. Ambas se habían llevado siempre muy bien y, en ocasiones, Bette había sido invitada en la mansión Rawton.

Y había sido idea de la señora Rawton contratar los servicios de Bette para que cuidara de Aimee mientras se esperaba el día de su recuperación.

A Bette le pareció muy bien la propuesta. En principio, se negó a cobrar un salario, pero como este fue convenido generosamente y estaba por encima de lo que cobraría como institutriz en otra parte, había aceptado.

No tenía otro cometido que acompañar a Aimee y darle conversación. Aimee no recordaba nada del drama que la había abocado en la situación psíquica que se hallaba. Por otra parte, Aimee, de natural alegre, se había vuelto triste y melancólica.

Bette se aburría. Aimee no seguía las conversaciones, no era la misma que cuando estudiaban juntas. Se abstraía y Bette se percataba de que la mayor parte de las veces no la escuchaba.

Sonó el timbre del teléfono. Bette fue hacia él y lo descolgó mientras el piano seguía llenando el salón con aquella música triste que recreaba la mente enferma de Aimee.

—¿Quién es? Ah, Peter...

La música le impedía hablar con tranquilidad. Pidió al amigo que

esperara, cambió la clavija y se fue al gabinete, cerrando la puerta para aislarse y seguir conversando.

Peter era un joven bien parecido, hijo de una familia amiga de los Rawton y en él veía Bette la posibilidad de convertirse en una mujer importante y dejar así de ser una asalariada, por muy bien pagada que estuviera.

De súbito, como solía hacer, Aimee dejó de tocar el piano. No esperaba a terminar una pieza, comenzaba cuando le apetecía y lo dejaba a veces bruscamente.

Se levantó del taburete y se dirigió a la terraza sin tomar precauciones. El saloncito estaba caldeado y fuera de la casa, el día estaba nublado, gris y hacía frío.

Avanzó por la terraza como sonámbula. Fue hacia la escalinata que bajaba al camino que conducía a la entrada de la mansión cuando surgieron los dos grandes perros de pelaje negro y grandes colmillos blancos. Ante su súbita y feroz presencia, Aimee se asustó creyendo que se le iban a echar encima para despedazarla, pero los grandes perros pasaron por su lado sin tocarla, uno por su derecha y el otro por la izquierda.

Aimee, de espaldas a la escalinata, dio un traspié y cayó rodando al tiempo que lanzaba un pequeño grito mientras los perros corrían raudos hacia la entrada porque habían olfateado u oído la presencia de un intruso.

Nadie estaba allí para impedir o cuando menos mitigar la caída de Aimee.

Tendida en el suelo, abrió los ojos y sintió que todo el cuerpo le dolía. Miró en derredor como si despertara de un largo sueño. No comprendía bien pero nada extraño había en su entorno, solo que ella estaba caída al pie de la escalinata. ¿Qué había ocurrido?

Los ladridos de los perros llegaron con toda claridad hasta ella.

Poco después, oyó el ruido del motor de un coche. El motor se paró y unos pasos corrieron. Alguien, alarmado, iba en ayuda de la muchacha. Aimee seguía tendida entre el último escalón y la base de la escalera, no parecía tener ganas de levantarse.

—¿Cómo se encuentra?

Aimee miró el rostro masculino que estaba frente a ella mientras unos brazos fuertes la incorporaban.

No conocía a aquel hombre joven de rostro sereno que transpiraba fuerza y masculinidad. Su cabello era negro, algo ensortijado, bien peinado.

De pronto, Aimee se echó a llorar convulsivamente, sostenida por los brazos del desconocido.

* * *

En la bien acondicionada biblioteca de la mansión Rawton, Marcel Pavage había seleccionado una biografía de Mozart, pero no se sumergía bien en la lectura pese a estar solo en la estancia, y no lo intentaba siquiera porque estaba esperando.

Al fin se abrió la puerta y apareció un hombre recio, corpulento y en apariencia muy seguro de sí. Su cabello era escaso y entrecano, mientras que su bigote fino y largo era espeso, de pelos duros.

—¿Monsieur Pavage?

—¿Señor Rawton?

Rawton esbozó un gesto que reflejaba preocupación y algo de desagrado.

—Es usted más joven de lo que imaginaba.

—No creo que mi edad sea problema para la tarea que puedo ejercer. De todos modos, si no soy la persona que usted desea, saludos y mucho gusto en haberle conocido.

El joven pero decidido Marcel se dirigió hacia la puerta. Rawton alargó su brazo y le retuvo por el codo.

—No tenga tanta prisa, es usted demasiado arrogante.

Las miradas de los dos hombres se encontraron. El francés no rehuyó la mirada del financiero inglés.

—Mi intención, señor Rawton, no es convertirme en maestro de música de las hijas de personajes importantes como usted.

—¿Ah, no, y cuál cree que es su futuro, joven?

—Ser pianista de concierto, pero, le soy sincero, en temporadas necesito ganar el dinero suficiente para continuar mis estudios.

—Otros lo hacen tocando en pequeños locales o ante auditorios de escaso relieve.

—Prefiero quedarme fijo en un lugar y no perder mi tiempo viajando a pequeñas ciudades. Como ya sabrá, una de las condiciones por las que acepté este empleo es la de tener un buen piano a mí disposición para hacer prácticas en mis horas libres.

—No habrá problema para ello, dígame qué marca y modelo prefiere y lo tendrá pronto a su disposición, solo el tiempo que los transportistas tarden en instalarlo.

—¿Y una salita aislada para las prácticas con ventanales que den a un lugar tranquilo?

—Sí, claro, en el ala este. No verá ponerse el sol, pero si se levanta temprano, podrá gozar de las amanecidas.

—Es usted más comprensivo de lo que había supuesto, señor Rawton. Su hija, ¿es la señorita que se ha caído por la escalera?

—Sí, ella es Aimee. Tengo otra hija que se llama Daisy, pero a quién de verdad le interesa la música es a Aimee. He de agradecerle que haya

corrido en ayuda de mi hija. Se habrá dado cuenta de que está muy delicada de los nervios.

—Después de la caída que ha tenido, es comprensible, podía haberse matado.

—Así es, podía haberse matado, y todo por culpa de Bette.

—¿Bette?

—Sí, la señorita de compañía. Fueron compañeras de colegio y como a Aimee le hacen falta cuidados y vigilancia, contratamos a Bette. Tiene órdenes muy concretas de que Aimee no debe salir sola a la terraza y menos al jardín.

—¿Qué enfermedad padece su hija?

—Quedó afectada por un suceso ya lejano y lo que necesita es olvidar.

—¿Ha intentado hacerla viajar?

—Sí, y no fue buena solución. Se distrae demasiado en sus propios pensamientos, no atiende a su entorno. Tampoco fue buena cosa llevarla a un internado para señoritas, a la semana tuvo que volver. Aimee posee una gran sensibilidad para la música. Ojalá hubiera tenido una mayor dedicación académica hacia la música antes de que sucediera lo que la hizo cambiar. Mi hija era una joven muy alegre y solo quería vivir y volar casi como los pájaros, era difícil tenerla encerrada —suspiró—. En fin, pronto descubrirá que Aimee tiene demasiada inclinación por la música triste y melancólica. Celebraría que le despertara el interés por los “allegros”.

—Lo intentaré, pero la música refleja nuestros sentimientos y estado de ánimo.

Se abrió la puerta de la biblioteca y apareció un hombre mayor que el propio Rawton. Vestía traje negro y llevaba gafas de miope.

—¿Cómo se encuentra Aimee, doctor Wastman?

—Tiene varios golpes en el cuerpo, pero no creo que sean graves. De todos modos, hay que dejar pasar cuarenta y ocho horas y tenerla en observación. Podía haberse matado o sufrido una desgraciada rotura de vértebras, ha habido mucha suerte.

—Sí ha habido suerte —aceptó el señor Rawton—. Esos perros la han asustado.

—Los perros no tienen la culpa, Aimee puede asustarse de cualquier cosa. Los perros vigilan la casa, esa es su misión, y por lo visto ni la han rozado.

—Usted quiere mucho a los animales, doctor Wastman. Le presento al señor Marcel Pavage, profesor de música.

—Parece usted muy joven para ser profesor.

Marcel Pavage tenía deseos de hacer preguntas sobre Aimee, la hermosa y delicada joven a la que debería guiar por el camino de la música. Temía que fuera la clásica niña mimada hija de gente rica y poderosa que

aporreaba el piano y los demás tenían que aplaudir su estulticia musical.

—Por sus palabras deduzco que Aimee no quedará más afectada.

—Si se refiere a su situación anímica, no, y por los golpes que tiene no hay que preocuparse demasiado. Iré viniendo para observarla —se encaró con Marcel Pavage y le dijo—: Joven, la música es una buena terapia para los que sufren de la mente.

El joven francés carraspeó ligeramente antes de decir:

—Puesto que voy a conducirla por los caminos de la música con el piano y ello nos obligará a estar bastante tiempo juntos, quisiera saber qué le ocurre a la señorita Aimee.

Rawton torció el gesto, no estaba acostumbrado a dar explicaciones sino a exigirlas.

—Sufrió un shock. ¿No es eso, doctor?

—Así fue. Una situación muy desagradable en la que murió su primo le causó un shock nervioso del que no se ha recuperado.

Lo que acababa de decir el doctor no era mucho, pero Marcel pensó que tenía que ser suficiente por el momento.

—Espero que mi música ayude a su hija, señor Rawton. ¿Puedo ver el piano en el que daré clases a la señorita Aimee?

—Sí, claro —aceptó Rawton, adelantándose para guiarles.

El médico comentó a Marcel:

—Tiene usted poco acento francés.

—Mi padre es diplomático. He viajado mucho y he tenido que aprender idiomas.

—Sí, claro. ¿De modo que ha preferido la música a la carrera diplomática?

—Pues sí. La música es mi vocación, claro que el futuro siempre es un enigma.

—Se nota que ha viajado mucho, habla como si poseyera mucha más experiencia de la que le corresponde por su edad.

—Ahí tiene el piano, Aimee lo domina bastante bien. No es una concertista, por supuesto, pero aquí se siente cómoda.

Marcel Pavage dedicó una mirada aprobatoria al piano Schimmel. Levantó la tapa y se sentó frente al teclado. Movió los dedos en forma especial como para desentumecerlos y suavizar el juego de los nudillos y después, comenzó a pulsar las teclas tocando el minueto de “Don Juan” de Mozart. El salón se llenó de música. Rawton y el doctor Wastman observaban en silencio, aprobando ambos con la cabeza. Era evidente que el joven francés era un artista nato.

Cuando Rawton desvió su mirada, en lo alto de la escalera descubrió a Aimee que, atraída por la música, había abandonado su alcoba. Era la primera vez, desde la muerte del primo americano, que demostraba interés



por algo.

CAPÍTULO III

Bette miró a lo largo de la calle con disimulo. Subió el cuello de su abrigo y siguió caminando aunque más despacio.

Al poco, un automóvil se detenía junto a la acera. Se abrió la portezuela y Bette se apresuró a subir a él, quedando aposentada en los asientos posteriores. El vehículo de color oscuro prosiguió su marcha.

—Creí que no vendrías —dijo Peter que era quien conducía.

—Has de tomar una decisión —le dijo ella en tono amenazante aunque con cierto cuidado. Era como si ya llevara calculadas las palabras, no eran el fruto de una explosión incontrolada.

—No te pongas nerviosa, confía en mí.

—Confía, confía... Siempre en secreto. Por poco me despiden los Rawton.

—Tú no tienes la culpa de que la loca se haya caído por las escaleras.

—No la llames así, es mi amiga.

—¿Tu amiga? Estás empleada para cuidarla como si fueras una enfermera.

—El señor Rawton ha contratado a un músico para que la entretenga y le dé clases de perfeccionamiento.

—¿Clases? Si Aimee ya es una pianista excelente.

—Marcel Pavage lo es mucho más y es joven y guapo.

—¿Joven, guapo y buen pianista?

—Ajá.

—Pues, será cuestión de conocerle.

—¿Y para qué quieres conocerle?

—No sé, si es tan guapo, para romperle las narices, por ejemplo.

—¿Qué te ocurre, te has puesto celoso? —preguntó la muchacha, halagada.

Peter, que se consideraba irresistible con las mujeres, prefirió no confesar a Bette lo que pasaba por su mente.

Peter tenía una buena posición social, aunque no tanto como la de los Rawton y matrimoniar con Aimee o Daisy podía ser una gran suerte para él, máxime después de enterarse de que la cotización de las acciones que poseía su padre estaban bajando. Por contra, Rawton seguía muy fuerte en sus negocios.

Peter tomó un desvío para entrar en una carretera comarcal. Llegaron a una pequeña población y al otro lado de la misma, detuvo el coche frente a

un hotelito.

—¿Qué es esto?

—Un lugar donde podremos tomar el té —respondió Peter.

—¿El té? Si son las siete de la tarde.

—Bueno, pues pediremos que lo recalienten. Hace tiempo que quería que visitáramos un hotelito como este.

La casa tenía dos plantas y estaba construida con ladrillo y madera.

Les recibió una mujer cincuentona que achicó los ojos burlonamente al verles.

—Soy Simon —dijo Peter, cambiándose el nombre.

—Sí, señor Simon, síganme.

Bette tuvo un gesto de vacilación, pero Peter, que estaba vigilante, la cogió por el codo y la empujó hacia la escalera.

La mujer les abrió una alcoba no muy grande con cama de matrimonio, un armario y una ventana con cortinas.

—Aquí estarán bien. Son dos libras, señor Simon.

—Sí, claro.

Se apresuró a sacar el dinero y pagó a la mujer que, con una sonrisa de complicidad, cerró la puerta dejándoles solos.

—¿Qué significa esto, Peter? —inquirió Bette agresiva.

—Vamos, querida, necesitamos estar a solas. Me habían hablado de este lugar.

—¿Es aquí donde traes a tus zorras?

—Bette, yo no hago tonterías. Tú me gustas mucho.

—Pues se acabó, me has engañado al traerme aquí.

—No te he engañado, simplemente te he traído a un lugar tranquilo.

—Ya es de noche, vas a llevarme a casa o tendré que pedir un taxi.

—No seas tan estrecha. Te va a gustar que hagamos el amor, seguro.

Peter trató de sujetarla. Bette se zafó de él rodeando la cama, pero no tenía escapatoria. No había ninguna otra salida y el hombre estaba entre la puerta y ella.

—Peter, siempre he creído que íbamos en serio.

—Pues claro que vamos en serio.

—¿Y esto? —Miró en derredor.

—Esto es solo un pequeño anticipo que nos gratificará a ambos.

—Yo soy una señorita y lo que tú quieres solo lo daré después de casarme.

—No esperaba que te comportaras así, te suponía enamorada.

—Estoy enamorada de ti, pero esto va contra mis principios. ¿Es que no lo entiendes? Yo deseo casarme contigo, no convertirme en tu amante. Si me acuesto en esta cama, jamás te casarás conmigo.

—Estás equivocada. ¿Quién va a saberlo?

—Los dos, ¿te parece poco?

—No seas criatura... ¿Qué es lo que quieres, que me vaya ahora mismo y me olvide de ti para siempre?

—¿Serías capaz de dejarme ahora?

—Si no me quieres...

—Sí que te quiero.

—Pues no lo demuestras.

A Bette le temblaban los labios, estaba a punto de echarse a llorar.

—Está bien, está bien, tú ganas. Que nunca puedas decir que no te quiero.

—Sabía que lo comprenderías —musitó Peter, casi temblándole la voz.

Se acercó a la muchacha que se había quedado quieta en el centro de la habitación y la besó en los labios, pero Bette permanecía inmóvil dejándole hacer.

Peter comenzó por desabrocharle el abrigo, abrigo que le quitó sin que ella colaborara ni opusiera resistencia. Luego fue el vestido y así hasta que toda la ropa quedó alrededor del cuerpo desnudo de la mujer.

—Eres espléndida. Lo sabía, pero tenía que saciar mi amor contigo. Verás como seremos felices.

Inesperadamente, la puerta de la alcoba se abrió y aparecieron dos hombres de aspecto patibulario.

Uno de ellos llevaba una pistola y el otro, una navaja con la hoja desnuda.

—Vaya, hemos llegado en el momento oportuno —dijo el que empuñaba la pistola.

—¡Peter! —gritó Bette.

El tipo de la pistola la empujó haciéndola caer sobre la cama.

—Tú, pollo, dame la cartera, el anillo, el reloj, todo lo que lleves encima —ordenó a Peter el sujeto de la navaja mientras le ponía la punta del acero en el cuello.

—¡Peter, Peter!

Peter entregó todo lo que llevaba encima. Luego le ordenaron:

—Siéntate y estate quietecito mientras le damos a tu amiguita lo que estaba esperando.

—¡No, Peter, nooo! —chilló Bette.

Peter obedeció, sentándose como le mandaban, mientras el tipo de la pistola se guardaba esta en el bolsillo y trataba de dominar a Bette. Esta forcejeó en la cama, pero carecía de la fuerza suficiente para escapar de aquellos canallas.

De pronto, Peter dio un salto abandonando la silla. Alcanzó la puerta y salió corriendo.

Por una puerta entreabierta descubrió a la dueña del hotelito atada y

amordazada en una silla.

Peter vio el teléfono pero continuó su huida. Salió de la casa mientras oía chillar a Bette. Sacudió la cabeza cobardemente para no oírla y se metió en el coche.

Al tratar de ponerlo en marcha observó que los ladrones le habían quitado también las llaves. Furioso, golpeó el volante. Se apeó del coche y se alejó corriendo. Ya no oía los gritos de Bette.

CAPÍTULO IV

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Marcel con un esbozo de sonrisa, tratando de ser amigable.

—Toca muy bien —opinó Aimee, sin responder a la pregunta.

—Para conseguir tocar medianamente bien he de hacer muchas prácticas diariamente. Por cierto, me agradaría que tocase usted algo.

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no?

—Mejor después.

—No tenga miedo, no se trata de ningún examen.

—No tengo miedo —bajó la voz e inclinó el rostro como fatigada—. O quizás sí.

—Voy a ser su profesor de piano, pero no me han dicho que tenga que llevarla a ningún examen de conservatorio.

—¿Qué tiempo hace? —preguntó Aimee.

—Frío.

—El jardín es muy grande —suspiró, observándolo a través de un ventanal.

—Sí, parece muy grande —asintió Marcel, dándose cuenta de que la joven no se fijaba en un tema de conversación—. Es el más grande que he visto, salvo los públicos o de palacios y castillos.

—¿Ha venido Bette?

—¿Bette, su amiga?

—Sí.

—Pues, no la he visto. En realidad, todavía no la conozco.

—Bette es muy buena conmigo. Me gustaría pasear.

Marcel se dijo que debería dejar pasar tiempo, no iba a ser fácil dialogar en profundidad con Aimee; no obstante, en sus ojos había algo que indicaba que su mente no estaba cerrada del todo y que no era precisamente una estúpida. Sufría, pero no debía recordar conscientemente el motivo por el que se hallaba en aquel estado.

—Si se abriga —le dijo Marcel.

Aimee se hizo con una capa-abrigo de lana azul oscura con la que se protegió. Salieron a la terraza. El cielo no estaba cubierto, pero había una neblina alta que filtraba los rayos del sol empobreciéndolos. El frío se hacía notar y más por la suave brisa que se filtraba por los espacios abiertos de los jardines de la mansión.

Los árboles de hoja perenne se veían verde oscuros mientras otros mostraban sus ramas desnudas por ser caducifolios. Los parterres estaban vacíos de flores. Todo el jardín inspiraba tristeza y melancolía.

Anduvieron en silencio, sin una dirección fija. Marcel caminaba dejando que fuera ella quien escogiera cada camino, cada encrucijada entre parterres o arbolados.

Divisaron el panteón familiar que ya no se utilizaba para los nuevos difuntos de la familia Rawton, a menos que fueran incinerados y el columbario con las cenizas se trasladara a aquel lugar.

—¿Es el pequeño cementerio familiar? —preguntó Marcel sin alzar la voz.

Notó entonces una ráfaga de viento más fuerte y helada que les vino de frente, como surgida del propio panteón.

Aimee se había quedado muy quieta, como convertida en una estatua en aquellos jardines que carecían de esculturas humanas.

Marcel la miró y dedujo que la joven tenía miedo y que no seguiría avanzando hacia el panteón. Su deducción quedó corroborada al dar un paso atrás la joven.

—Hay algo ahí que te infunde temor, ¿verdad?

—Vámonos, hace frío.

—Soy un músico, no un psicólogo, pero sé que si nos enfrentamos a lo que nos infunde un temor irracional, podemos vencer ese temor.

—Vámonos —insistió Aimee.

En aquel momento aparecieron los dos grandes perros negros, unos perros que parecían tener los ojos inyectados en sangre y hacían brillar sus grandes y curvos colmillos blancos amenazadoramente.

—Quédate quieta y no te muevas —le pidió Marcel acercándose a ella de lado.

Los dos animales, evidentemente peligrosos y que corrían de un lado a otro de los jardines, llevando a cabo una guardia agresiva en torno a la mansión, se les acercaron.

No olfatearon a Aimee sino al hombre, le olisquearon los pies. Dieron unas vueltas a su alrededor y después continuaron su camino, alejándose, como si aquel par de feroces vigilantes caninos hubieran decidido que ellos no eran peligrosos ni intrusos.

—Esos perros te conocen, a ti no te harán nada. Deben haberlos entrenado para que no te molesten y hasta es posible que no me hayan gruñido porque estoy contigo y en actitud pasiva. Si tú hubieras gritado, posiblemente me habrían despedazado.

Aimee se lo quedó mirando con fijeza, mucha más de lo que era habitual en ella durante el último año de su vida.

—Todavía no te he dado las gracias —musitó Aimee.

—¿Por qué habías de dármelas?
—Me ayudaste en la escalera.
—Ningún mérito he tenido, estabas tendida en el suelo, te habías caído.
—Sí, me di muchos golpes. Al verte, fue como despertar.
—¿De una pesadilla?
—Es como despertar por la mañana y no saber con exactitud lo que se ha soñado, pero sí se sabe que el último sueño no ha sido bueno y que es mejor olvidarlo.
—¿Y no podrías hacer un esfuerzo y tratar de recordar?
—¿Por qué habría de hacer ese esfuerzo?
—Quizás porque te sentaría bien.
—No lo creo. Eres muy guapo.
Él sonrió abiertamente.
—Veo que tu humor mejora, Aimee.
—Es mejor que te vayas enseguida de Rawton.
—¿Irme? —Quedó sorprendido, las anteriores palabras de la muchacha le habían parecido muy distintas de las que acababa de oír, invitándole a marcharse.
—Si no he podido demostrarte lo que puedo hacer con el piano, es prematuro que me rechaces.
—Yo no te rechazo, Marcel. Te he oído tocar el piano y lo haces maravillosamente, es por ti.
—¿Por mí?
—Sí, eres inteligente, joven y atractivo y un brillante pianista.
—¿Y...?
—Aquí corres peligro, créeme.
—¿Qué peligro puedo correr aquí, si hasta los perros me han concedido su permiso para deambular por los jardines?
—No bromees, sé que corres peligro aunque no sepa la causa. Mi mente está confusa, llena de nieblas, aunque es mejor así, llena de nieblas, que como estaba justo antes de llegar tú.
—¿Y cómo estaba antes?
—En la noche más cerrada, no había luz en mi mente. Ahora sé que la hay, que mi mente está entre nieblas, pero que algún día esas nieblas quizás se disiparán y tengo miedo, mucho miedo.
—¿A que la niebla se disipe?
—Sí.
—¿Y si detrás de la niebla aparece un sol espléndido?
—También puede haber una noche eterna, una noche infernal.
Aimee no bromeaba. Estaba convencida de que para ella podía llegar la noche cerrada, sin luna ni estrellas, infernal como ella decía, y Marcel quedó muy preocupado. Alargó la mano, la tomó por el codo y regresaron a

la casa.



CAPÍTULO V

Bette arribó a la mansión Rawton en uno de los automóviles de la familia Rawton, conducido por el chófer ayudante.

Entró rápidamente en la casa y dejó su abrigo en el ropero. Bajo el abrigo vestía de color marrón oscuro. Se había maquillado mucho y su rostro distaba de parecer alegre.

No le extrañó oír el piano, pero sí la música que era más vibrante y alegre de lo habitual en los últimos tiempos.

Fue hacia donde estaba el piano y descubrió a Aimee sentada en una silla junto al piano, observando el teclado de cerca, y a un hombre que le daba la espalda sentado en el escabel rectangular, pulsando el teclado con energía y seguridad.

Se acercó despacio para no estorbar y se detuvo junto a Aimee. Su amiga ni siquiera la miró, parecía fascinada por la forma en que Marcel arrancaba la música del piano de cola frente al cual ella había pasado tantas y tantas horas.

Cuando Marcel concluyó el célebre minueto de Boccherini, Aimee aplaudió y Bette hizo lo propio. Al volverse, el hombre descubrió a la compañera de Aimee, la cual parecía asombrada, casi fascinada, al ver el rostro lleno de expresión del músico francés.

—Bette, te presento a Marcel Pavage, pianista y gran artista. Está aquí para conseguir que yo aprenda un poco.

A Bette le sorprendió que Aimee se expresara con tanta concreción. Parecía más normal, menos ida.

—Toca muy bien. Si los Rawton lo han contratado, es que es usted un artista brillante, aquí solo quieren lo mejor.

—Falta mucho para que yo pueda significar algo en el mundo de la música.

—Bette, ¿cómo estás? Me han dicho que te habías encontrado mal por algo que comiste.

—Ya me siento mejor —dijo Bette sin lograr sonreír. Había quedado marcada y temía que tal marca quedara a la vista de todos. Por ello, se esforzaba en mostrarse normal, aunque no lo conseguía totalmente.

—Ahora, Aimee, debes ser tú quien interprete algo —le pidió Marcel.

—¿Qué puedo tocar? Después de oírte, siento vergüenza.

—No se trata de una competición. Verás, escogeremos algo de música italiana, los alemanes son más difíciles de digerir salvo Beethoven.

—¿Por qué no interpreta “Para Elisa”? —sugirió Bette.

—Es muy sencilla, pero quizás sea lo mejor —admitió Aimee.

La joven interpretó pulcramente la pieza. Marcel le dijo:

—Por la tarde te mostraré algunas diferencias con las que se puede enriquecer una interpretación sin llegar a falsear la partitura original. Algunos, los más ortodoxos, opinan que no deben permitirse variaciones ni licencias, que hay que interpretar la partitura con exactitud, pero yo no opino así. Todo permite una flexibilidad, unos compositores más, otros menos, pero hay margen suficiente para que el intérprete pueda expresarse de una forma personal y diferenciable. Yo no entiendo la música como una interpretación matemática. La música hay que sentirla, no ejecutarla como una repetición mecánica en el instrumento. La misma persona puede interpretar una misma pieza musical y resultar distinta según sea su estado de ánimo en cada momento. Una máquina inventada para pulsar las teclas del piano ofrecería siempre la misma música; un ser humano, no. Analizando más, un artista nunca interpreta igual una misma obra, siempre es diferente, aunque él no se dé cuenta de ello.

—Es muy interesante todo lo que dice, ¿verdad, Bette?

—Sí, mucho. Por cierto, Aimee, te noto muy bien.

—Y yo a ti, muy triste y preocupada. Aparte de no encontrarte bien, ¿te ha sucedido algo?

—Oh, no, no.

Volvió el rostro con vergüenza, como si pudieran leer en sus ojos lo que le había ocurrido. Ella desnuda en un hotelito que ejercía casi como un lupanar en manos de dos ladrones facinerosos y canallas.

La habían violado hasta saciarse y después, la habían dejado tirada lo mismo que Peter que había huido cobardemente. Pero se había jurado a sí misma que nadie se enteraría de lo que le había sucedido, por ello había escapado humillada de aquel maldito hotelito, pero sin intención de denunciar lo ocurrido, como tampoco la propietaria de aquel lugar haría ninguna denuncia, porque, de hacerlo, tendría que dar demasiadas explicaciones a la policía y no le interesaba bajo ningún concepto.

—Digamos que estoy en unos días que no me siento muy bien.

Se escuchó el teléfono y al poco, aparecía el mayordomo.

—Señorita Aimee, la llama la señorita Daisy.

—Enseguida voy —se volvió hacia Marcel más que hacia Bette—. Disculpadme.

Aimee se alejó. Bette, sin apartar la mirada de su amiga, preguntó:

—¿Qué le ha hecho?

—¿Yo?

—Sí, la encuentro mucho mejor. Parecía que jamás se recuperaría y ahora, creo que hasta ha sonreído.

—¿Qué le ocurrió hace un año?

Bette buscó los ojos del joven francés.

—¿No se lo han contado?

—Me han dicho que tuvo un gran disgusto hará cosa de un año.

—Asesinaron a Steve, su primo de América, un joven muy guapo.

—¿Asesinaron?

—Sí, y la policía no ha encontrado al culpable.

—Vaya, sí que es desagradable. ¿Aimee iba a casarse con su primo?

—¿Quién sabe? El crimen ocurrió la noche de la puesta de largo de Aimee, en el jardín. Fue algo horrible que la trastornó hasta la locura. Al pobre Steve le cortaron la cabeza en redondo y luego la clavaron en la punta de una especie de lanza.

—Comprendo que se impresionara.

—Ambos estaban solos en el jardín y Aimee no ha podido explicar nada de lo que sucedió. No ha coordinado bien después de la tragedia, pero tal como acabo de verla, creo que está empezando a recobrar la memoria, quizás pronto vuelva a ser la misma de antes. ¿La ha visto el médico?

—Sí, estuvo aquí ayer, también él la nota mejor. Ni siquiera se queja de las contusiones que se hizo al caer por la escalera.

—Fue culpa mía. Yo tenía que estar a su lado vigilando si salía a la terraza.

—Por lo que sé, estaba ocupada.

—Me pagan por vigilarla para que no se haga daño, como parece que a usted le pagan para enseñarle piano y entretenerla con la música.

—Será mejor que nos tuteemos, Bette, vamos a encontrarnos muy a menudo mientras yo esté aquí.

—¿Cuánto tiempo estarás?

—Un año, en principio, en el que yo realizaré mis prácticas y durante este tiempo, saldré de viaje en algunas ocasiones.

—¿Para dar conciertos?

—Para darlos y escucharlos.

—Es evidente que tu música le está haciendo mucho bien.

—Yo diría que también la ayudó su caída por la escalera.

—Qué extraño. ¿Cómo puede beneficiar una caída?

—Nunca se sabe. Ella sufre una especie de amnesia y supongo que un golpe puede ayudar a recobrar la memoria. No sé, no soy ningún especialista en la materia y tampoco la había visto antes de la caída.

—Yo sí he sido su acompañante durante todo un año y te aseguro que la veo cambiada y mucho mejor.

—De todos modos, aún no lo recuerda todo y tampoco sé si será bueno que lo recuerde por completo.

—A Scotland Yard le gustaría.

—¿Por qué a Scotland Yard?

—Se supone que ella pudo ver al asesino de su primo Steve, aunque yo no lo creo.

—¿Ah, no?

—No. Si el asesino que fue capaz de cortar la cabeza del americano y clavarla en la punta de una lanza sospechara que ella puede reconocerle algún día, que puede acusarle, la silenciaría a ella para siempre. Es lo más lógico, ¿no?

—Sí, es una hipótesis —admitió Marcel, que apartó la mirada de Bette para dirigirla a Aimee que regresaba junto a ellos.

—Daisy regresa mañana de Roma. Ya le he dicho que tenemos la compañía de un hombre muy guapo. ¿Verdad que es guapo, Bette?

—Sí, mucho —admitió Bette, sonriendo por primera vez.

—Vais a sonrojarme.

—Lo malo es que cuando Daisy te vea también se va a enamorar de ti.

—¿También? —preguntó Bette mirándola significativamente.

Aimee ensombreció de nuevo su rostro y dijo:

—Será mejor que te vayas de Rawton, Marcel, no quiero que te suceda...

Quedó en silencio. Era difícil averiguar si no se atrevía a decir lo que pensaba o es que ya no recordaba lo que tenía que decir para advertir a Marcel que corría peligro de muerte, una muerte brutal y sanguinaria.

CAPÍTULO VI

El inspector de Scotland Yard, Tave Morris, arribó a la mansión Rawton acompañado del sargento Sweep, un hombre muy recio y corpulento que solía vestir de uniforme y ocultaba su pronunciada calva bajo el sombrero del uniforme.

También iba con ellos un extraño personaje que desaparecía dentro de un sayo oscuro con capucha.

—Ya hemos llegado —dijo el inspector Tave Morris.

Los dos grandes perros negros acudieron al coche mostrando sus colmillos y ladrando amenazadores.

El inspector, que conservaba los cristales de las ventanillas cerrados, entre otras cosas por el frío que hacía, no parecía intimidarse demasiado por los perros, era del tipo de personas que no temía a los animales, pero el sargento Sweep los miraba con mucho recelo, especialmente al que parecía querer traspasar el cristal de la ventanilla junto a la cual estaba él.

No tardaron en aparecer dos hombres. Uno de ellos era el mayordomo y el otro, el vigilante que además hacía de jardinero y cuidaba de los perros.

—¿Está el señor Rawton? —preguntó el inspector Morris abriendo la ventanilla, cuando los perros ya habían sido sujetados con cadenas.

—Inspector, ya puede pasar adentro.

—No es preciso. Dígale al señor Rawton si puede salir él y usted, traiga una lámpara de petróleo.

El mayordomo quedó un poco perplejo pero asintió con la cabeza.

Dentro del coche, el inspector Tave Morris invitó a fumar al sargento. Ninguno de ellos se preocupó del personaje que iba sentado atrás en silencio.

—Con todos los respetos, inspector, a mí todo esto me parece...

—¿Una tontería? —le atajó el inspector.

—Verá, yo soy un hombre muy práctico, he llevado una vida dura de trabajo constante, de investigaciones rutinarias.

—Pues, habrá de admitir que quedan demasiados casos de sangre sin resolver, aunque no es bueno que la opinión pública lo sepa.

—Los periódicos, señor, lo publican todo —objetó el sargento Sweep.

—Los periódicos viven al día. Lo que publican hoy, mañana ya es viejo y olvidado, claro está que la ley no puede olvidar y los casos no se archivan tan fácilmente como algunos suponen, siempre están ahí, pendientes. En este caso, por ejemplo, ya llevamos un año.

—Sin ningún resultado.

—Cierto, pero no vamos a olvidarlo.

—¿Utilizando a este personaje que nos hemos traído?

—Si para resolver un caso tengo que aliarme con el mismísimo diablo, lo haré, no lo olvide.

En la puerta apareció el propietario de la mansión, bien protegido con un abrigo de lana de Gales. A su lado iba el mayordomo con el farol encendido y cerca estaba el guarda sujetando a los perros que habían dejado de ladrar pero se mostraban muy nerviosos y atentos.

El inspector se apeó del coche y se encaró con Rawton.

—Buenas noches. Disculpe esta visita intempestiva.

—¿Hay algo nuevo?

—No exactamente, pero me gustaría dar un nuevo vistazo al lugar del crimen, claro que esos perros...

Rawton pidió al guarda:

—Herbert, encierre los perros, que no molesten.

—La muerte del americano siempre me ha preocupado. Fue un asesinato brutal.

—Todos deseamos que el criminal sea arrestado y llevado ante el jurado —dijo Rawton.

—Sí, pero hasta ahora no tenemos la más mínima pista y su hija pudo ayudarnos muy poco.

—Quedó muy afectada, no pudo soportar lo sucedido. Ya sabe lo que opinaron los doctores.

—Sí, sí, ya lo sé, pero ella era la única testigo. Fue rastreado el jardín y no se encontró ninguna pista. Un jardín tan grande, con tantos árboles, puede esconder no a un asesino sino a varios sin que lleguen a topar entre sí.

—Ahora los perros andan siempre olfateándolo todo.

—Los perros son muy buenos hasta que a un asesino se les ocurre envenenarlos o matarlos a tiros. En unos jardines tan inmensos es imposible evitar que alguien entre o salga del recinto sin ser visto.

—Pudo ser un vagabundo, un asesino que pasó por aquí y luego se alejó para siempre.

—No fue el asesinato propio de un vagabundo, había más, mucho más. Siempre he pensado que quien mató al sobrino de usted es un ser especial.

—¿Qué quiere decir?

—Eso, que no es normal, que es un tipo diferente. Quizás de aspecto no lo sea, pero mentalmente lo es. Algún día lo atraparemos. Tengo mucha experiencia y diría que este asesino es de los que repiten.

—Le ruego que no diga esas palabras delante de mi familia, no meta el miedo en mi casa. Ya hemos sufrido bastante y no quiero que Aimee tenga

una recaída que podría ser la definitiva. Precisamente, ahora parece que empieza a recuperarse.

—¿Empieza a recordar?

—No se las prometa tan felices, inspector. Si algún día recuerda y no hay peligro para su mente, seré yo el primero en darle aviso porque quiero que atrapen al criminal.

—Espero que así suceda. Ahora, señor Rawton, nos gustaría visitar el lugar del crimen.

—¿El panteón?

—Sí, precisamente viene con nosotros alguien que quiero que vea ese lugar personalmente.

—¿Un experto?

—Sí, algo parecido, un experto.

—¿En qué?

—Digamos que es un experto en ciencias ocultas.

—Inspector, le creía una persona más seria.

—No me avergüenzo de nada de lo que hago, señor Rawton. Yo apuro hasta la última posibilidad aunque sea buscar al criminal con un péndulo.

El sargento Sweep carraspeó como si pensara que su jefe se estaba pasando.

—Por supuesto, lo primero es la rutina policial e incluso la corazonada, que los que nos dedicamos a este duro oficio de buscar criminales tenemos de vez en cuando y que nos induce a desechar alguna pista falsa y escoger la certera.

—Está bien, inspector. Yo deseo tanto como usted encontrar al asesino. No estaremos tranquilos hasta saber que semejante asesino ha desaparecido para siempre de mis jardines.

El inspector Tave Morris abrió la portezuela.

Hizo un gesto con la mano y el extraño personaje se apeó. Era un hombre de mediana estatura tirando a bajito, muy flaco, rostro anguloso y ojos orientales, barba entrecana y manos de dedos grandes y nudosos.

—De modo que es usted una especie de mago —observó Rawton, nada convencido en aquella situación.

—Apenas le entiende, habla mal nuestro idioma, es un euroasiático. En cambio, habla muy bien otras lenguas extrañas. Se llama Crossly.

—Con que Crossly, ¿eh? Creo que vamos a perder el tiempo pero, adelante.

La comitiva se puso en marcha.

Rawton y el inspector Tave Morris iban delante. Tras ellos, el extraño euroasiático vestido como un fraile y cerrando la marcha el mayordomo y el sargento Sweep que también era escéptico respecto a lo que podían conseguir.

—En la mayoría de las ocasiones, esta clase de experimentos no dan los resultados apetecidos, pero a veces la intervención de personas como Crossly resulta milagrosa, aunque, al parecer, el mejor resultado se produce cuando el suceso es reciente. En una ocasión presencié como un hombre se detuvo en determinado lugar y dijo que allí había estado el asesino esperando, que lo notaba. Calculó hasta el tiempo y resultó verdad. En fin, tentar a la suerte es bueno, si no ¿por qué hay tanta gente que apuesta en los juegos de azar?

No era difícil avanzar por el jardín. La luna era clara y las nubes, escasas. Hacía una brisa helada y los jardines estaban opresivamente silenciosos, solo se oían los pasos de los hombres haciendo crujir la gravilla.

El mayordomo acercó el farol para iluminar la entrada del panteón familiar. El propietario de la casa abrió la reja y buscó la llave que se hallaba oculta en el mismo lugar de siempre. La introdujo en la cerradura de la puerta de bronce y la abrió. El mayordomo iluminó el interior con el farol.

—Como verá, inspector, aquí dentro no hay nada.

—Nunca se puede decir que no hay nada, señor Rawton —le corrigió el inspector de Scotland Yard—. Hasta una botella vacía contiene algo.

—¿Ah, sí?

—Sí, aire, por ejemplo, y ahí dentro hay sepulcros.

—Son muy antiguos y bien cerrados tras pesadas lápidas de granito. Ni siquiera yo he conocido a ninguno de los seres que reposan aquí dentro, pero hay que respetarlos porque son eso mis antepasados.

—Pero, conocerá la vida de esos antepasados.

—Sí, por lo que se explica en las historias y leyendas de los Rawton.

—La lanza siempre estuvo ahí dentro, ¿verdad?

—Sí, fueron las armas de un antepasado. Se les enterraba con sus armas, las que no cabían dentro del féretro se colocaban fuera. Es un rito que se ha practicado en muchos pueblos y culturas. Hoy ya no tiene objeto porque los grandes personajes no tienen armas para ir luchando con ellas constantemente.

—Supongo que la vida de sus antepasados habrá sido apasionante.

—Hay que admitir que sí. Hay historias y leyendas bastante singulares e impresionantes. Ya sabe que los británicos somos dados a adornar con fantasías nuestras historias; pero, no creo que estemos aquí para hablar de ello. Veamos que puede hacer su mago.

—No es un mago.

El inspector de Scotland Yard no se sentía ridículo. Enfundado en su gabán oscuro, se mantenía circunspecto. Volvió el rostro hacia el enigmático y silencioso Crossly y le señaló el interior del panteón.

—¿Qué espera que encuentre dentro? —preguntó Rawton.

—No lo sé, pero si me guarda un secreto le diré que yo creo que hay personas más sensibles que otras, capaces de captar sensaciones que otros no llegaremos a captar jamás. ¿No se ha preguntado nunca por qué un zahorí es capaz de descubrir dónde hay agua con un simple péndulo o una horquilla de fresno?

El extraño personaje avanzó hacia el interior del panteón. Cuando se hallaba en el centro del espacio físicamente libre, se volvió hacia los que aguardaban fuera. Miró en derredor, como escrutando cuanto podía haber y después, con un acento muy raro, dijo:

—Esperen, cerraré la puerta unos minutos.

Su voz sonaba gutural. Cerró la puerta, quedándose solo dentro del panteón, a oscuras.

—No le tengo miedo a los muertos, pero no me gustaría quedarme solo ahí dentro —comentó el sargento Sweep.

—El asesinato del joven americano se produjo ahí dentro —indicó el inspector Tave Morris—. Si hay alguna radiación extraña, Crossly puede captarla.

Pudieron oír la voz de Crossly apagada por las paredes de piedra, los sepulcros y la puerta de bronce. Parecía estar rezando algo en voz muy alta, como invocando.

—Si no llega a ser usted quien me lo ha pedido, inspector, no habría aceptado esta especie de farsa.

—Lo sé, señor Rawton, por eso he venido personalmente.

De pronto, la voz de Crossly cambió, se hizo más aguda. Estaba lanzando gritos.

—Parece que le ocurre algo —señaló el sargento Sweep.

—Abramos la puerta —determinó el propio Rawton.

La puerta, pese a tener la cerradura abierta, se les resistía y hasta ellos llegaban claramente ruidos de golpes.

—Vamos, hay que empujar entre todos —pidió el inspector.

Cuando consiguieron abrir la puerta que parecía mantener cerrada la mano de un gigante, Crossly pasó entre ellos como catapultado mientras gritaba de dolor y de miedo.

Un nuevo hombre apareció en escena. Acababa de llegar frente al panteón y fue el primero en inclinarse sobre el extraño y enigmático Crossly.

—Ronald —musitó Crossly casi sin poder hablar.

Tenía sangre en el rostro, sus ojos perdían agudeza y la boca le quedaba entreabierta, con la mandíbula inferior colgante mientras la sangre fluía entré los dientes por las encías reventadas.

Rawton entró de inmediato en el panteón llevando el farol que arrebató

al mayordomo. Miró en derredor.

—Nada, aquí no hay nada, solo los sepulcros.

El inspector Tave Morris se acercó al caído. Se encaró con el hombre joven que sostenía la cabeza de Crossly y le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Marcel Pavage.

—¿Francés?

—Sí.

Rawton salía del panteón. Acercándose al inspector, le dijo:

—No hay nada. Su mago, chamán o lo que sea, está loco. Se ha puesto a gritar ahí dentro en un ataque de locura y se ha ido dando golpes en la cabeza contra las lápidas de los sepulcros.

—¿Él solo? —preguntó escéptico el inspector Morris.

—Dentro no hay nadie.

—¿Y cómo ha salido casi volando?

—Enloquecido, se ha lanzado hacia afuera, tendrá que llevarlo a un hospital.

—Sí, eso voy a hacer, llevarlo a un hospital, pero esto aún me preocupa más. ¿Este joven es de la familia? —preguntó, señalando a Marcel.

—El señor Pavage es un pianista importante y está hospedado en mi casa.

—Solo era por saberlo, cualquier cosa que aquí suceda es bueno que yo la conozca —se volvió al sargento para pedirle—: Ayúdeme. Subiremos a Crossly al coche y lo llevaremos al hospital.

Crossly había cerrado los ojos, sumiéndose en la inconsciencia. Marcel Pavage ayudó al sargento y al inspector a transportar al herido al coche.

El inspector Morris le dijo a Rawton:

—No estoy tan seguro de que esta experiencia haya fracasado. Cuando Crossly recupere el conocimiento, me explicará lo sucedido.

—Lo sucedido está claro, inspector —replicó Rawton, muy molesto—. Ese hombre se ha sentido solo dentro del panteón, ha tenido un acceso de locura y se ha golpeado la cabeza contra las lápidas de los sepulcros y podía haberse matado. Espero que este tipo de pruebas no se repitan.

El inspector Morris comprendió que en las últimas palabras de Rawton iba implícita una advertencia. Podía quejarse a sus superiores y como no era precisamente muy ortodoxa la prueba que acababan de llevar a cabo, lo mejor era bajar la cabeza y marcharse.

—No se repetirá, señor Rawton, disculpe las molestias.

El coche policial se alejó y en la escalinata quedaron el mayordomo con la linterna, Rawton y Marcel Pavage que preguntó:

—¿Quién es Ronald?

—¿Ronald, de quién me habla?

—¿No hay ningún Ronald en su familia?

—No, que yo sepa. Lo hubo entre mis ancestros, pero actualmente no hay nadie en la familia con ese nombre. Entremos, hace demasiado frío.

CAPÍTULO VII

Nada más llegar a la mansión Rawton, Daisy abrazó a su hermana y la besó efusivamente en las mejillas.

—Te encuentro estupenda, Aimee. Estás más, no sé cómo decirlo...

—Está más despierta —dijo Bette —y todo gracias a su profesor de piano.

—Con que el profesor de piano, ¿eh?

—Sí, es muy guapo, ¿verdad, Bette?

—Guapísimo, de cabello negro y con unos ojos que taladran. No me importaría nada casarme con él.

—Pues, será cuestión de conocerle —dijo Daisy, agitando su melena rubia clarísima que le rozaba los hombros.

—Ahora está practicando en su estudio. Cuan de no me da clases a mí, él practica y estudia, se prepara para una gira de conciertos por el continente.

—Bueno, ya le conoceré. Oye, Bette, tienes como un poco de mala cara, ¿no?

—Últimamente no me he encontrado muy bien —respondió, tratando de no recordar la doble violación de que fuera víctima.

En aquel momento, el mayordomo abrió la puerta a un visitante. Las tres jóvenes se lo quedaron mirando.

—¡Peter! —exclamó Daisy—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Hola, preciosas —saludó afectuoso y sonriente, rehuyendo mirar a Bette—. He sabido tu Llegada y he querido saludarte. Después de todo casi somos familia, ¿no?

Bette se puso muy seria y tensa. Peter no parecía reparar en ella y especialmente se dedicaba a la recién llegada Daisy. Bette no deseaba que se supiera lo que le había ocurrido, podía perder su empleo como compañía de Aimee y no solo se trataba del dinero que ganaba con mucha facilidad, sino del hecho de frecuentar la mansión Rawton con lo que ello significaba de contactos con personas importantes.

Había abrigado esperanzas de casarse con Peter que tenía una posición social y económica que, sin ser ni con mucho la de los Rawton, era desahogada, pero ahora, odiaba a Peter.

—Nos has de contar muchas cosas de tu viaje, Daisy, seguro que todo será interesante.

—Para mí, por lo menos, sí lo ha sido —admitió Daisy—. Ahora me

disculparéis, tengo que cambiarme.

—Te acompaño —dijo Aimee.

Peter y Bette se quedaron solos. Ella estaba afrentada, más no podía rehuir aquella situación.

—Tienes que disculparme, eran dos e iban armados, no pude hacer nada.

—¿Ni pedir ayuda ni llamar a la policía? —preguntó con hiriente sarcasmo.

En aquellos momentos, el rostro femenino reflejaba todo el asco que sentía por lo que le había sucedido.

—Hubiera sido peor para ti.

—¿Para mí o para ti? Eres un cobarde despreciable.

—Comprendo cómo te sientes.

—¿Quieres que te explique lo que me hicieron aquellos dos rufianes, quieres que te lo cuente con detalle? —preguntó, agresiva.

—Espero que no tengas ese mal gusto, considéralo como un accidente. Has hecho bien en no denunciarlo, es mejor para ti que no se sepa.

—Eres tan canalla como esos dos que me violaron, que abusaron de mí, que me vejaron y humillaron.

—Tranquilízate, no hagas una escena ahora. No sería bueno para ti que trascendiera, pasemos a la biblioteca.

—Ahora ya no querrás casarte conmigo, ¿verdad?

—¿Casarme? Bette, no es momento de hablar de eso.

—Claro, claro, tú aspiras a mucho. ¿Cómo te ibas a casar con una mujer violada por unos canallas? Pero, tampoco te va a interesar Daisy.

Peter frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Te juro que si le haces la corte a Daisy, le cuento todo lo ocurrido aunque me ensucie yo misma.

—No puedes hacer una cosa semejante, sería un escándalo.

—Eso es, sería un escándalo, y los Rawton y otras familias como ellos te darían con sus puertas en las narices.

—Vamos, vamos, ¿cómo puedo tranquilizarte?—preguntó, mostrándose cariñoso.

—Tú me llevaste a aquel maldito lugar para estar conmigo a solas, ¿eh? Pues esta noche vas a venir aquí.

—¿Aquí? —preguntó extrañado.

—Sí, encontrarás la puerta de la cocina abierta y tú sabes bien como ir a la cocina, has estado en muchas fiestas de los Rawton y conoces la casa. Te estaré esperando en la habitación verde, ya sabes cuál es.

—Pero, esta noche... —trató de protestar.

—Si no vienes, me confesaré a Daisy. Tú verás lo que te conviene.

—Ah, hola, Bette —saludó Marcel que salía de la biblioteca con un libro encuadernado en cuero y artísticamente repujado a mano.

—Peter, te presento a Marcel Pavage, un excelente pianista.

—Ah, el famoso pianista...

—Todavía no soy famoso, quizás algún día —respondió evasivo.

—¿Y los Rawton le pagan bien por las clases que da a Aimee?

Marcel captó el ligero tono ofensivo de Peter y replicó:

—El arte no tiene precio. El artista puede cobrar o regalar su obra, pero al fin y a la postre, es el artista quien decide si los demás deben solazarse o no con su arte.

Hizo una leve inclinación de cabeza y se fue hacia el piano. Se sentó frente a él, dejó el libro que llevaba consigo sobre la repisa del piano y comenzó a tocar la “Sinfonía Inacabada” de Schubert, llenando el salón con las notas de una espléndida interpretación.

Cuando acabó de tocar, oyó a sus espaldas sinceros aplausos.

Cuando se volvió, además de a Bette y a Peter, descubrió a Aimee y a su hermana Daisy, una atractiva joven de cabellos rubio clarísimos y vivaces ojos azules.

—Toca el piano de fábula —aprobó Daisy.

Peter ensombreció su rostro, se sentía desplazado. La personalidad y el arte de Marcel Pavage habían ensombrecido su presencia.

CAPÍTULO VIII

El cielo se había ido cubriendo poco a poco de nubes, formando un tupido manto gris oscuro.

El aire se había estancado, pero estaba cargado de humedad. Hacía frío y personas y animales dejaban escapar un vaho visible cuando respiraban.

Llevando el libro con tapas de cuero repujadas a mano, Marcel Pavage se introdujo por los caminos de los jardines de la mansión.

Podía oír sus propios pasos haciendo crujir la delgada capa de gravilla tratada con herbicidas para que no nacieran hierbajos molestos que, además, afearían los jardines.

Los cipreses se veían más oscuros, parecían aguardar el baño de agua fría, quizás agua nieve o, más aún, la nieve que se posaría suavemente sobre ellos. El sauce parecía muerto y otros árboles como él, desfoliados, se disponían a invernar.

Con aquel día gris y en el silencio de los jardines de la mansión Rawton, el panteón familiar no parecía menos tétrico que la noche anterior.

Miró en derredor. No había huellas de lo sucedido la noche pasada.

La verja que protegía el pequeño atrio del panteón estaba entreabierta y la llave, colocada en la cerradura de la puerta de bronce. Se la había descuidado el propio Rawton sin darle mayor importancia. ¿Quién podía robar algo de aquel lugar?

Con las manos enguantadas, protegiendo sus dedos del frío, el joven pianista sopesó el libro, un libro artesanal escrito e impreso para uso exclusivo de los Rawton, por lo que no habría más de dos o tres ejemplares del mismo.

"Rawton Story", rezaba la valiosa tapa con letras de oro.

Marcel tenía en sus manos la historia de los Rawton, narraciones más o menos históricas, relatos épicos, leyendas. Evidentemente, aquel libro no estaba escrito para difamar a los Rawton, aunque sí quedaban reflejadas algunas historias muy poco edificantes, biografías, narraciones de sucesos ocurridos a lo largo de los tiempos, condecoraciones recibidas, guerras en las que habían participado los Rawton como personajes importantes.

Habían llegado a influir en la corte del imperio británico, aunque quizás no en el grado como se relataba en las historias de aquel libro.

Decidió pasar al atrio del panteón. Hizo girar la llave y abrió la puerta. Granito por todas partes, suelo, paredes, lápidas, techo. La luz grisácea de la tarde inundó el interior del panteón.

El pequeño ábside había sido utilizado como capilla. Allí había una mesa altar de granito, sostenida por dos cilindros también de granito.

A la izquierda, veinte sepulcros colocados en pisos de cuatro. A la derecha, con idéntica distribución, otra pared de veinte sepulcros, lo que equivalía a decir que allí yacían cuarenta Rawton en nichos puestos de costado.

El panteón tenía unos diez pasos de profundidad, quizás once o doce, según las piernas de quien lo midiera.

Era obvio que allí no debían estar todos los Rawton muertos a lo largo de varios siglos, faltarían muchos que debían haber sido enterrados en otras partes por no haber muerto en aquel lugar, o quizás no se les había incluido en aquel panteón por no considerarlos suficientemente importantes, ya que la línea preferente para ocupar aquellos sepulcros era la de descendencia directa.

Con la única luz que le entraba por la puerta, Marcel Pavage se fue adentrando en el panteón que le pareció extraordinariamente silencioso. Podía oír hasta los latidos de su propio corazón.

—Virginia Harris Kerr —leyó Marcel en la larga lápida de uno de los sepulcros.

Inmediatamente, ponía dos nombres más.

Gracias al índice alfabético del libro y pese a la escasa luz que allí había, Marcel leyó:

—"Virginia Harris Kerr, muerta de viruela el año mil setecientos cuarenta y tres junto a sus hijos Marc y Lewis, muertos de la misma enfermedad..."

Madre y dos hijos ocupaban el mismo sepulcro, posiblemente habían sido colocados allí después de pasar por un pudridero humano. Más tarde, los restos se colocaban juntos dentro de un féretro y estos se depositaban en la sepultura definitiva que era el panteón de los Rawton.

Muchos de los que allí reposaban debían haber muerto antes de que existiera el panteón. Luego, sus restos habían sido rescatados de los distintos lugares de entierro y depositados en el sepulcro familiar. Hasta era posible que algunos de aquellos restos no fueran los del personaje que rezaba el nombre cincelado en la lápida funeraria.

Marcel no estaba allí para estudiar toda la saga de los Rawton. Como en la historia de cual quien nación, era consciente de que el libro que recogía las biografías de los Rawton estaría lleno de incorrecciones y falsedades destinadas a engrandecer la memoria de los Rawton.

A Marcel, quien le interesaba concretamente era Ronald Harris Rawton, el único Ronald que había encontrado en el libro de biografías familiares.

Ronald era el nombre que pronunciara el euroasiático antes de perder el conocimiento y quedar internado en el hospital con el diagnóstico de

lesiones múltiples y edema cerebral que le mantenía en estado de coma.

Encontró el sepulcro de Ronald Harris Rawton a la derecha de la entrada, en la segunda fila empezando por el ábside y en el sepulcro que estaba a ras de suelo.

"Ronald Harris Rawton —comenzó a leer en la lápida—. Nacido el siete de noviembre de mil setecientos setenta y tres, muerto en mil ochocientos cinco..."

Hizo la resta y determinó:

—Solo treinta y dos años de vida, debió tener una muerte violenta.

Buscó de nuevo en el libro de la "Rawton Story". La breve biografía de Ronald hablaba de una vida turbulenta, pero no explicaba las causas de su muerte. Había servido en el ejército imperial en las colonias de las Indias Orientales con el grado de capitán. No decía nada de que se hubiera casado ni tenido hijos.

Al pie de la página, Marcel leyó unas palabras encerradas entre paréntesis: "Ver leyenda de Aimee".

Quedó intrigado.

La historia de Ronald no parecía haber sido brillante, todo lo contrario. Solo destacaba su prematura muerte, aunque en su corta biografía no decía nada acerca de las causas de ella.

¿Quién podía reparar en aquella nota a pie de página? El libro era grueso y pesado, un libro pretensioso que simplemente por su aspecto daría una nota de lujo y calidad en cualquier biblioteca.

La leyenda de Aimee estaba escrita en letra pequeña mezclada con otras leyendas y no parecía referirse a la historia de la familia Rawton, sino a la de la propia mansión Rawton.

"Aimee, sin apellidos, hija natural de Hortense, sin apellidos, doncella de cámara de la señora Norma Rawton. Nacida en el año mil setecientos ochenta y dos, la noche del solsticio de verano.

"Era sabido que Winston Lionel Rawton utilizaba a las criadas y doncellas de su mansión como concubinas, con la aceptación tácita de la señora Rawton que ya le había dado tres hijos varones, Montgomery, Charles y Ronald.

"Se decía que Hortense tenía dotes de bruja y entendimientos con el diablo, pero como gozaba de la protección especial del señor Rawton, nadie osó molestarla. Por aquel tiempo, los Rawton ostentaban el poder suficiente para hacer encarcelar y hasta ajusticiar a aquellos plebeyos que fueran señalados por su dedo acusador.

"Se rumoreó que Aimee era fruto de la unión pecaminosa del señor y la sirvienta. La pequeña Aimee, de cabellos de oro y ojos violeta, creció hermosa y con extraordinaria facilidad de palabra. Pronto quedó patente

que gozaba de la protección del señor Rawton que, sin reconocerla jamás como hija suya, ordenó que viviera dentro de la casa grande y recibiera educación.

“Algunos dijeron que Aimee tenía en sus pechos la marca de la pata de Belcebú.

“Por aquellos días era fácil oír las risas de la pequeña Aimee por los lugares más recónditos e insospechados de la mansión.

“La señora Rawton trató de imponer a la niña un buen número de obligaciones para domesticarla y convertirla en criada como hija de criada que era, pero la niña Aimee era rebelde y en los momentos más difíciles sabía hallar la protección de su padre natural que disculpaba y casi aplaudía las travesuras de Aimee.

“Hasta tal punto encantó la niña al señor de la mansión, que este la llevó consigo en varios viajes, olvidándose por completo de la madre de la niña, Hortense, en la cual se vengó la señora Rawton, no por el concubinato que había tenido con su marido, sino por haber traído al mundo a la pequeña Aimee a la que comenzó a detestar. Ella había dado tres varones a su esposo pero ninguna hembra, y Winston Lionel Rawton no disimulaba la debilidad que sentía por la niña, la cual se dejó querer y se aprovechó de la ventajosa situación con una astucia más propia de una cortesana resabiada”.

Marcel Pavage salió al atrio con el libro en la mano, allí había más luz para poder leer con comodidad aquella pequeña letra que hablaba de una niña, hija natural de una sirvienta de la mansión Rawton.

“La pequeña Aimee creció y se hizo tan hermosa como mujer que los hombres la miraban con deseo y a la vez con temor. Un hombre llamado Paul se atrevió a robar un beso a la hermosa Aimee y al tener conocimiento de ello el señor Rawton, entró en cólera y con su propia mano aplicó cincuenta latigazos sobre la espalda del osado, delante de todos los habitantes de la mansión, como castigo y escarmiento público.

“Alguien rumoreó que el señor Rawton acabaría acostándose con Aimee porque ella era el sol que cegaba sus ojos, el fuego que quemaba sus entrañas, el aire helado que cortaba su aliento, el vino que le embriagaba y la primavera que estimulaba la fluidez de su sangre que se negaba a envejecer.

“Ronald Harris Rawton regresó de las Indias Orientales con un pésimo expediente por diversas faltas graves cometidas, por lo que se le invitaba a abandonar el ejército de su majestad. Ronald dejó el ejército antes de ser expulsado de él. Se había destacado como un hombre sangriento.

“El porvenir de Ronald, según su padre, debía estar en el ejército, puesto que por ser el hijo tercero no iba a heredar la mansión Rawton. Por

aquellos días, Ronald decidió tomarse un tiempo para reflexionar, pero allí estaba Aimee, turbadora y provocativa, amargando la vejez de la señora Rawton que nada podía en su contra.

“Ronald, como su padre, quedó atrapado en el diabólico embrujo de Aimee que conocía como nadie todos los recovecos de la enorme mansión. A partir de entonces, sus carcajadas de mujer se oyeron más fuertes y en la noche, cuando todos dormían.

“El carácter del señor Winston Lionel Rawton se fue enrareciendo, haciéndose más y más taciturno, agriándose y entrando en cólera por el más leve motivo.

“Ordenó a su hijo que abandonara la mansión, que se dirigiera a Southampton y allí tomara un barco rumbo a América o Australia, pero Ronald se negó, enfrentándose violentamente a su padre. Nubes de tormenta cubrieron la mansión y las risas de Aimee dejaron de oírse. La joven desapareció como si la tierra se la hubiera tragado.

“Ronald, ante la inexplicable ausencia de Aimee, semejó enloquecer. Exigió explicaciones a su padre y este le ordenó que emprendiera el viaje a América. Ronald cayó enfermo, la fiebre comenzó a devorarlo y por las noches abandonaba su lecho vagando por la mansión en busca de Aimee, pero la seductora, la bellísima Aimee no aparecía. Se sospechó que estaba sepultada o emparedada en algún lugar oculto de la mansión Rawton. Se dijo que Aimee había embrujado a padre e hijo y este último juró vengarse de su progenitor por haber hecho desaparecer a la joven. Ante esta amenaza, el señor Rawton ordenó encerrar a su propio hijo en una celda en los sótanos.

“Durante algún tiempo se escucharon juramentos, promesas de venganza. Después fueron gritos aislados, como aullidos lastimeros de animal en las noches que el viento hacía gemir hasta las puertas y ventanales de la mansión. Luego llegó el opresivo silencio, el olvido.

“Años más tarde, los nietos de Winston Lionel Rawton descubrieron que su tío Ronald, el loco olvidado, reposaba dentro del panteón en el lugar que le correspondía, sin que se supiera cómo ni cuándo lo habían llevado allí. Nada de cierto se supo, pero se comentó que su muerte tuvo lugar una noche de solsticio de verano, cuando unos campesinos de las tierras de Rawton vieron danzar dentro de las llamas de la gran hoguera a una mujer desnuda que tenía cabellos color de oro...”

—¿Apasionante?

Marcel se sobresaltó, acababa de ser sorprendido por una voz femenina.

Daisy había llegado junto a él sin que Marcel se percatara de ello, absorto en el relato de la leyenda de Aimee en la que nada podía asegurarse y tampoco desmentirse.

—Sí, es muy interesante este libro.

—¿Querías conocer mejor la historia de mis antepasados?

—Sí, especialmente de Ronald Harris Rawton, el tercer hijo de Winston Lionel Rawton.

—¿Fue alguien especial ese personaje? Lo pregunto porque no conozco demasiado bien la historia de mis ancestros.

—Fue alguien que enloqueció de amor. Murió de forma extraña y prometió vengarse.

—¿Vengarse, de quién?

—Especialmente de su padre.

—Hum, eso sí podía ser grave. ¿Y qué le había hecho su padre?

—Los dos amaban a la misma mujer.

—¿Y quién fue esa mujer?

—La hija natural de Winston Lionel Rawton y por tanto, la hermanastra de Ronald Harris Rawton.

—Dios mío, vaya incesto.

—Sí, parece que fue un amor doblemente maldito. En esa historia hay algo importante que me gustaría descifrar.

—¿Y qué es?

—Creo que Aimee fue sacrificada por un hombre que, de pronto, abrió los ojos y se dio cuenta de la influencia nefasta que ella ejercía sobre padre e hijo.

—¿Piensas que fue su propio padre quien la sacrificó?

—Opino que sí y ocultó el cadáver en alguna parte, quizás la emparedó o la enterró. Si se encontraran sus restos...

—Es fascinante lo que cuentas, pero también estremecedor. ¿Sabes que ahí dentro le cortaron la cabeza al primo americano?

—Sí, y que nunca se supo quién lo hizo.

—Nuestra familia viene de muy lejos, por lo tanto a lo largo de su historia han tenido que suceder hechos de todas clases, locuras, enfermedades, muertes violentas. Es propio de la saga de cualquier gran familia y a los muertos es preferible dejarlos reposar. Remover las cenizas del pasado no es bueno porque jamás se podrá averiguar qué es verdad y qué es mentira. Anda, cierra las puertas y salgamos de aquí, está oscureciendo.

Con naturalidad, Marcel cogió la barbilla de la joven Daisy para inmovilizarle el rostro y después preguntó:

—Tú sabes cómo se llamaba la mujer que hizo enloquecer a padre e hijo hasta el punto de que se odiaran mutuamente, ¿verdad?

—Regresemos a la casa. Aimee te está esperando en el piano.

CAPÍTULO IX

Precisamente el heroísmo no era la principal virtud de Peter.

No se había internado en los jardines de la mansión Rawton impulsado por una pasión de amor sino por miedo. Temía que Bette hablara, que le quitara la máscara y dejara al descubierto su cobardía.

Cuando oyó los ladridos de los perros, aceleró el paso.

Alcanzó la puerta de la cocina justo cuando los perros casi llegaban a darle alcance. Los colmillos de los animales estuvieron a punto de clavarse en sus carnes, pero le salvó la puerta que había sido dejada abierta desde el interior, tal como prometiera Bette. Cerró rápidamente y los canes quedaron afuera, ladrando furiosos.

Temiendo que aquellos ladridos alertaran al guarda, se internó en la casa.

Avanzó como un ladrón furtivo, guiándose gracias a la escasa luz que había en el interior de la casa, ya que en puntos estratégicos había encendidas lámparas de poca potencia.

Conocía bien la mansión y no le costó dar con la habitación verde que se hallaba en la planta del ala este. Se detuvo junto a la puerta grande y recia como todas las de aquella casa. Jadeaba ligeramente.

—Malditos perros —masculló. Temía a los animales.

Puso la mano en la manecilla, notó la frialdad del metal. La puerta cedió. Dentro de la alcoba había una minúscula bombilla que daba luz a través de una pantalla de pergamino y no lograba despejar las tinieblas por completo.

La alcoba estaba algo fría, pero se notaba la presencia de alguien joven allí dentro, alguien que despedía energía.

—Peter...

Se acercó a la cama desde donde le habían llamado.

—Bette, esto es una locura, no podré volver a salir.

—¿Por qué? —preguntó ella casi en un susurro, tendiendo sus manos para cogerle el rostro amorosamente.

—Están esos malditos perros ahí afuera, por poco me despedazan.

—No temas. Conozco una salida secreta que han utilizado los Rawton a lo largo de generaciones cuando han tenido peligro alrededor de la casa.

—¿Una salida secreta?

—Sí. Ahora, recuerda lo que querías hacer en aquel maldito hotelito...

—Bette, ¿por qué no dejamos esto? —insistió por enésima vez.

—No, Peter, no. Ámame, te estoy esperando.

Levantó las ropas de la cama, mostrando la cálida desnudez de sus pechos.

A Peter no le cabía en la cabeza que la pelirroja Bette estuviera sedienta de amor después de lo ocurrido en el hotelito. Una doble violación consumada por unos canallas abyectos podía dejarla marcada, pero también cabía la posibilidad de que hubieran despertado en ella una sexualidad masoquista y feroz.

—Vas a amarme o grito, sí, gritaré —amenazó Bette—. Gritaré hasta que vengan todos y te prendan como a un vulgar violador.

—No serías capaz —replicó, no demasiado convencido.

Bette sonrió.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Sus ojos brillaron de una forma muy especial.

Si en la estancia hubiera habido más luz, si Peter no hubiera tenido tanto miedo, si en aquellos momentos no hubiera deseado hallarse lejos de Bette, se habría dado cuenta de que los ojos femeninos rezumaban sed de venganza.

Sabía que nadie le iba a hacer justicia y había planeado su propia venganza.

Peter suspiró y se encontró con que las manos femeninas guiaban las suyas para acariciar los senos jóvenes y turgentes, unos pechos tibios y grandes.

Los chirridos de la cama, los gemidos humanos, leves y apenas contenidos, chillidos de placer, sudor caliente, relajación. Todo pasó en un tiempo largo y corto a la vez.

—Eres una diablesa. No sabía que fueras capaz de conseguir y dar tanto placer.

—Ahora será mejor que te vistas y te vayas. Te guiaré hasta la salida secreta, los perros no te cogerán.

El hombre comenzó a vestirse y ella se cubrió con una bata larga. Encendió con un fósforo una lámpara de petróleo, dejando la mecha muy baja.

Salieron de la alcoba.

Bette cerró suavemente la puerta y precedió a Peter que parecía un perro asustado tras ella.

Llegó hasta una puerta situada bajo la escalera. Sacó una llave que llevaba consigo en un bolsillo de la bata y abrió la puerta que descubrió la más impenetrable oscuridad.

—¿Adónde conduce?

—Tú ven, los perros nada podrán contra ti.

Subió la mecha de la lámpara y la tulipa proyectó más luz.

Descendieron por una escalera de peldaños de piedra. En un ángulo de aquella escalera que conducía al sótano, Bette buscó un resorte en la pared e hizo girar una puerta camuflada, allí donde solo parecía haber un muro de piedras rectangulares, pero la puerta giró sobre unos gruesos ejes.

Bette le invitó a pasar al otro lado:

—Sígueme.

—Cualquiera diría que eres hija de esta casa, conoces hasta los pasadizos secretos. Es interesante —aceptó Peter que tuvo el pensamiento de regresar por aquel lugar y no precisamente para visitar a la pelirroja Bette.

Descendieron por otra escalera que les condujo a unas galerías que se hallaban en un sótano secreto, situado debajo del otro, de tal modo que quedaba dos plantas por debajo del nivel de la mansión.

La mujer avanzó resuelta por un pasadizo en el que se abrían varias puertas hasta que se detuvo frente a una de ellas.

La humedad allí abajo era grande y el aire, enrarecido. La puerta tenía un grueso cerrojo y era de madera de considerable espesor, con grandes herrajes.

Peter opinó:

—Esto parece un calabozo.

Sosteniendo la lámpara, Bette dijo:

—Ayúdame a levantar la trampilla del suelo.

La trampilla, de un metro cuadrado y con un pasador, estaba en el centro de la estancia que tendría unos cinco por cinco pasos.

—¿Todavía hay que ir más abajo? —se asombró Peter.

—Sí, abajo está el pasadizo que conduce a la puerta que está junto al muro. Nadie te va a ver.

—Con tal de no toparme con los malditos perros... Me estarán esperando junto a la puerta de la cocina. Ah, será bueno que pases más noches cuidando a la loca, así podré venir a visitarte. Lo he pasado muy bien. ¿De veras no me guardas rencor?

—Este pasadizo me lo descubrió la loca como tú la llamas. Anda, mira abajo.

Una vez levantada la pesada trampilla, Peter se inclinó hacia el hueco buscando la escalera para descender.

Bette levantó su pie y se lo puso entre las nalgas, empujándolo. Lo hizo caer de cabeza al interior del agujero.

Se oyó el golpe sordo de la caída y las quejas de dolor del sorprendido Peter.

—¿Qué has hecho? —rugió Peter desde el fondo de una especie de celda de tres por tres pasos y demasiado alta para que, ni saltando, pudiera llegar con sus manos a agarrarse al hueco de la trampilla.

Bette depositó la lámpara en el suelo para tener las manos libres y poder cerrar la trampilla, demasiado pesada para sus fuerzas.

—Te vas a pudrir ahí dentro sin que nadie se acuerde de ti jamás.

Y se echó a reír.

—¡No, Bette, no, nooo, no puedes hacerme esto, has de sacarme de aquí!

—No serás el primero que se pudra ahí abajo. Si palpas el suelo encontrarás las calaveras de otros que han estado ahí antes que tú y de los que nunca más se supo. Me abandonaste en las manos de dos canallas que saciaron su bestialismo en mi cuerpo virgen. Me gustaría poder dejarlos encerrados contigo para que os pudrierais juntos, pero ya que no puede ser, te vas a quedar solo. No será una muerte rápida, Peter. Primero te volverás loco en la oscuridad. Después, el hambre, la sed...

Siguió riéndose. Quería que Peter supiera lo que le esperaba y sus carcajadas aumentaron al ver que el hombre, pese a tener algunos huesos rotos del brazo y el hombro por la caída, saltaba desesperadamente para alcanzar la salida.

De pronto, sorpresivamente, Bette se sintió cogida por los largos cabellos pelirrojos. Su cabeza fue levantada.

Se volvió y el horror desorbitó sus ojos.

El terror se transformó en grito, un grito que fue muy breve.

Una mezcla de silbido y zumbido cortó el aire y luego, el cuello de Bette.

Su cabeza quedó colgando en el aire asida por los cabellos mientras el pie del asesino empujaba el cuerpo decapitado al foso, derribando a Peter que, al llenarse de sangre, al comprender lo que ocurría, comenzó a gritar y a llorar de espanto mientras la trampilla se cerraba sobre él, sumiéndole eternamente en la oscuridad.

CAPÍTULO X

Los dedos de Marcel Pavage pulsaban enérgicos las teclas del piano que Rawton había puesto a su disposición en el estudio donde llevaba a cabo sus prácticas.

Cuando se detuvo, una voz femenina preguntó:

—¿Molesto?

Se volvió, descubriendo a la rubia Daisy.

—Hola, Daisy, no creo que te haya divertido mi interpretación. Estoy haciendo prácticas y son temas repetitivos.

—Es duro ser un gran pianista, ¿verdad?

—Es duro tratar de ser grande en cualquier arte o profesión —miró sus manos, algo grandes, de dedos largos y fuertes—. ¿Sabes algo de Crossly?

—Sigue en coma.

—¿Crees en el retorno de los muertos?

—Dios mío, Marcel, qué preguntas.

—Crossly, antes de entrar en coma a causa de los golpes, pronunció el nombre de uno de tus antepasados que está enterrado en el panteón.

—Pudo haber leído la lápida. Mira, sé que hay personas que sufren alucinaciones, otras que están locas, pero yo no creo en fantasmas, espectros, zombies ni muertos que regresan del más allá.

—Es raro en una mujer que ha nacido en una mansión como esta que tiene fantasmas.

—Yo no he visto nunca ninguno —replicó Daisy muy segura de sí.

—Sin embargo, hay gente que cuenta historias.

—Se habla de un fantasma y cuando alguien se encuentra de noche y a solas, bueno, las puertas chirrían o dan golpes, se ven luces y entonces se imaginan fantasmas aunque no los haya.

—Aimee no es tan escéptica como tú.

—Sí, ella es más sensible o hipersensible —admitió Daisy—. Somos hermanas pero muy distintas. De pequeña, era muy extrovertida y simpática. Luego, cuando ocurrió lo del primo americano, cambió totalmente. Será mejor que a ella no le hables de fantasmas o cosas raras, ya tuvo bastante.

—Scotland Yard busca a un asesino físico que quizás no exista.

—Me asombra que un hombre inteligente como tú y además un artista, piense que pueden existir poderes del más allá. ¿Cómo podría un fantasma cortar la cabeza a un hombre?

—No lo sé. Lo que le pasó a Aimee me intrigó; luego, lo ocurrido a ese enigmático personaje, Crossly, que es como un fraile asiático... La verdad, pienso que en el panteón familiar de los Rawton pueden ocurrir sucesos muy extraños.

—De momento ya ha ocurrido una muerte muy sangrienta y luego está lo de Crossly, que se volvió loco allí dentro.

—He oído hablar de hombres y mujeres como Crossly.

—¿Qué tienen de especial?

—Son muy sensibles, capaces de captar sensaciones o presencias que los demás no percibimos. Puede que se volviera loco dentro del panteón y golpeara su cabeza contra las lápidas, pero debió ser a causa de una gran fuerza psíquica que le obligó a hacerlo, una fuerza mental más poderosa que la suya que lo empujó de cabeza contra las piedras.

—¿Y pretendes que crea que esa fuerza salió de la tumba de Ronald Harris Rawton?

—Tú has leído la biografía de ese antepasado tuyo que no se sabe bien cómo murió y también la leyenda de Aimee, ¿verdad?

—Sí, y veo que tú eres más influenciable que yo con historias morbosas y te ruego que no hables de todo esto con mi hermana.

—Al entrar en esta mansión he comprendido que no sería jamás feliz viviendo en un lugar como este. Puedo pasar algún tiempo aquí o en otra parte semejante, me interesaré por sucesos extraños, pero vivir, tener un rincón donde reposar y gozar, eso jamás. Quizás sea así porque como tú dices, soy más influenciable.

—Esa será tu vena de artista —le dijo Daisy—. Un artista no puede serlo si no es muy sensitivo.

—Cuando encontré a Aimee caída al pie de la escalera y vi su rostro, comprendí que en esta mansión no existía la paz ni la tranquilidad, lo que podríamos llamar radiaciones positivas.

—No siempre ha habido sangre y tragedia en Rawton.

—Es posible, pero el dolor, el llanto, la sangre, impregnan las paredes del lugar donde ocurre la tragedia. Si en estas paredes hay locura y muerte, aunque no la veamos, los hombres como Crossly lo captan y sufren y enloquecen.

—Me asombras, Marcel. Te conozco todavía poco, pero veo que eres muy influenciable por los hechos misteriosos.

—Y vosotros los Rawton, ¿no dais importancia a la locura, a la muerte sangrienta?

—Sí, sí le damos importancia, claro que sí, pero me niego a creer esa fantasía que estás elaborando en tu mente sobre mi antepasado Ronald Harris Rawton y una sirvienta llamada Aimee de cuya existencia solo se sabe lo que dice la leyenda escrita en la “Rawton Story”. No hay datos

verídicos que prueben su existencia.

—Yo creo que existió y que la leyenda tiene mucho de cierto. Que fue escrita como tal y con letra pequeña porque no era del agrado de los Rawton. Por otra parte, una leyenda siempre posee cierto encanto y es bueno conservarlas.

—Por favor, insisto en que no hables con Aimee de todo esto porque lo que estás consiguiendo con la música lo destruirías con tus sospechas.

—Es increíble lo distintas que sois las dos. Ella no podría soportar hablar sobre lo ocurrido, en cambio tú tan fuerte, tan pragmática y moderna.

—Quizás es que yo no pasé por su situación. En aquella noche de puesta de largo de Aimee, una noche muy importante para cualquier muchacha, yo no estaba con el primo americano, un hombre muy atractivo en el que nos fijamos todas las chicas, incluida Aimee.

—Por cierto, ¿y Bette? No la he visto hoy.

—Yo tampoco, no estaba en la alcoba que normalmente ocupa cuando se queda a dormir en Rawton.

—Hay una forma de comprobar algo.

Marcel volvía a la carga. Se había levantado y caminaba por el estudio. Daisy le observaba.

—¿Qué es lo que quieres comprobar?

—¿Se molestaría tu padre si se abriera la tumba de Ronald Harris Rawton?

—¿Quée? —Abrió mucho los ojos, sorprendida.

—Se trata de quitar la lápida.

—Eso es imposible.

—No, no lo es. Puede separarse del hueco de la tumba y depositarla en el suelo con cuidado gracias a que es la tumba que está a ras de suelo. Luego, se ve lo que hay dentro, quizás no haya nada, puede que haya un ataúd y dentro estén los restos de Ronald Harris Rawton.

—No creo que mi padre consienta jamás tal cosa. Ningún Rawton volverá a entrar en el panteón después de muerto, pero siempre ha sido respetado.

—Yo no trato de profanarlo, sino de averiguar la verdad.

—Te has tomado demasiado en serio todo esto.

—No soy un Rawton, solo un pianista que recibe un salario para curar una mente enferma, pero siento el influjo de la tragedia de los Rawton y es un peso insoportable. O abandono este lugar o investigo hasta el final.

—No te puedes marchar ahora. Aimee se está recuperando gracias a ti.

—Entonces, investigaré hasta el final, pase lo que pase, y será mejor que no se lo digas a tu padre. No le gustó nada la presencia del desgraciado Crossly.

De pronto, Daisy cambió su expresión. Fue hacia la puerta y muy afectuosa preguntó:

—Hola, Aimee. ¿Cómo te encuentras hoy, hermanita?

CAPÍTULO XI

—Pues no, aquí no está Bette —aseguró Aimee por teléfono—. Durmió aquí, pero ya no está, debió marcharse.

Habló poco más y luego, colgó. Aimee se percató de que ya no le era tan necesaria la presencia de Bette.

Se dirigió al salón donde Marcel preparaba una partitura para que ella practicara en el piano.

Aimee andaba más aprisa. Su mirada ya no estaba perdida y sus pupilas buscaban al joven francés. La mejoría de su salud mental era evidente.

Su recuperación había comenzado tras la caída por la escalera. Un golpe clave en su cabeza y la aparición del pianista francés habían operado el milagro que los médicos creían casi imposible.

—¿Qué has preparado hoy para mí? —le preguntó sonriente.

—Un solo de piano de Albeniz.

—Yo no voy a ser una pianista clásica ni voy a dar más conciertos que interpretar alguna pieza ante la familia o grupo de amigos.

—¿Tratas de decirme que deseas algo más ligero?

—Puedo tocar alguna canción popular.

—Como gustes.

La joven se sentó frente al piano y comenzó a interpretar una canción popular austríaca.

—¡Bravo! —aplaudió el mismísimo Rawton, dueño y señor de aquella mansión que se sucedía a sí misma generación tras generación.

—¿Te ha gustado, papá?

—Mucho, hija. Me encanta que toques piezas alegres, que vuelvas a ser mi Aimee.

—La música es una buena medicina para ciertas dolencias.

—Fue una excelente idea contratarle a usted, Marcel. Por cierto, tengo muchas amistades repartidas por toda Europa y, en consecuencia, muchas influencias. Si necesita mi ayuda para algo, me refiero para conseguir conciertos, cuente con ella. Nunca podré pagarle esta recuperación de Aimee.

Marcel Pavage no estaba tan seguro de que la recuperación de Aimee se debiera toda a él.

—¿Estamos de fiesta? —preguntó Daisy, apareciendo también en el saloncito.

—Aimee se recupera, habremos de ir pensando en preparar una fiesta

para celebrarlo.

El rostro de Aimee se ensombreció bruscamente.

—¿Una fiesta? —inquirió.

—Sí, claro, quiero que todas nuestras amistades y familiares vean que vuelves a ser la misma de antes.

—Papá, yo no quiero ninguna fiesta.

—Pero, ¿qué te ocurre, pequeña? Una fiesta es algo alegre que gusta a todas las muchachas.

—Papá, no quiero ninguna fiesta, no quiero, no quiero —y comenzó a llorar convulsivamente ante la sorpresa de Rawton.

—Cálmate, Aimee, cálmate —le pidió Daisy abrazándola.

Rawton reflejó contrariedad y preocupación en su rostro. Sin decir nada, se alejó de los jóvenes dejando que Daisy tranquilizara a Aimee, una Aimee atemorizada y sollozante que hacía breves momentos se mostraba alegre y contenta.

Un taxi dejó a Marcel Pavage y a Daisy Rawton frente al "Blood Hospital Center". Comenzaba a llover. Entraron rápidamente y en conserjería les dieron la indicación necesaria.

El moribundo se hallaba en una gran sala donde había una treintena de pacientes más, Daisy estaba impresionada por lo que estaba viendo. Los Rawton jamás habían entrado en salas como aquella, ellos siempre acudían a clínicas privadas.

Unos biombos de hierro pintados en blanco y tela fruncida también blanca aislaban a tres pacientes del resto, y uno de aquellos pacientes ocultos tras el biombo era el que habían ido a visitar.

Crossly estaba dormido, materialmente hundido en el lecho. Semejaba desaparecer bajo sábanas y mantas, apenas se notaba el bulto de su cuerpo por encima de la colcha.

Crossly era un hombre pequeño y allí aún lo parecía más. En contraste con la blancura de la almohada y la sábana, su rostro parecía más oscuro, más cetrino.

—Sigue en coma —opinó Daisy en un cuchicheo.

Allí olía a desinfectantes. El propio Crossly tenía manchas violáceas de los desinfectantes sobre algunas heridas de su rostro y cabeza.

Una enfermera se les acercó y con cara de pena, les dijo:

—Pobrecito, no ha dicho nada desde que llegó.

—¿Ha abierto los ojos?

—Yo no se los he visto. Los doctores dicen que está muy mal.

—¿Crees que aún es capaz de decir algo? —preguntó Daisy volviéndose hacia Marcel.

—Me gustaría que hablara antes de... —Marcel se calló al ver acercarse a la monja.

—¿Son ustedes familiares de Crossly? —preguntó la religiosa.

—No, solo amigos. Precisamente se cayó en mi casa.

—¿En la casa de usted, señorita?

—Sí.

—Entonces, usted es una Rawton.

—Pues sí.

—Oh, no viene gente tan importante por esta sala. ¿Quiere que le traiga un vasito de menta?

La tenemos muy buena. ¿Sabe que el padre de usted es benefactor de este hospital?

—Pues no, no lo sabía. Mi madre no explica a su familia todo lo que hace, tiene muchas cosas importantes que hacer.

—Claro, claro, además las obras buenas no se explican.

La monja se alejó y ellos avanzaron junto a los biombos blancos para acercarse más a la cabecera del lecho doliente.

—Crossly, Crossly, sé que puede oírme.

—¿De veras crees que te oye? —preguntó Daisy.

—No lo sé, pero he de intentarlo. Si muere, no sabremos nunca lo que le ocurrió.

—Quizás ni él mismo lo sepa.

—Crossly, Crossly, si me oyes abre los ojos.

—Quizás no te entienda.

—Frases cortas, sí —volvió a encararse con el moribundo—. Abre los ojos, abre los ojos...

Con tenacidad, incansable, Marcel fue insistiendo. Al fin, Crossly abrió los ojos, con gran sorpresa de Daisy.

—¡Los ha abierto!

—Crossly, ¿puedes hablar?

El oriental volvió a cerrar los ojos, pero no abrió la boca.

—¿Crees que su mente puede pensar?

—Crossly, si me oyes di sí. Para decir “sí” abre una vez los ojos. Para decir “no”, abre y cierra los ojos dos veces. ¿Me oyes?

Crossly abrió los ojos y luego volvió a cerrarlos.

—Te ha oído, te ha oído —dijo Daisy nerviosamente.

—¿Te duele algo?

Crossly abrió y cerró los ojos dos veces.

—Muy bien, Crossly. ¿Recuerdas que estuviste en un panteón?

Crossly abrió una vez los ojos y siguió esperando.

—¿Había alguien más allí dentro, había alguien más?

El moribundo abrió y cerró los ojos dos veces.

—¿Te golpeó alguien?

Con su movimiento de párpados, Crossly volvió a negar.

Daisy inquirió:
—¿Qué crees que puede llegar a decirte?
—Si pudiera decir algo más aparte de “sí” o “no”.
—Quizás no pueda contar nada más porque él no sabe lo que le sucedió —opinó Daisy.
Crossly debió entender las palabras de Daisy porque abrió y cerró los ojos una sola vez.
—Ha dicho que sí —indicó Marcel, señalándolo—. Ha dicho que sí, que sí, ha de decir más cosas...
—¿Y qué crees que es lo que puede decir? —preguntó la muchacha, inquieta e intrigada ante aquel moribundo que semejaba desaparecer en el lecho dentro de la gran sala comunitaria de un hospital popular.
—Si no había nadie en el panteón, ¿te hiciste daño tú mismo?
Crossly ya parecía incapaz de abrir y cerrar los ojos. Era como si el agotamiento le hubiera vencido, pero cuando ya pensaron que no habría más respuestas en aquel singular diálogo, abrió y cerró los ojos por dos veces.
—¿Lo ves, Daisy? Alguna fuerza no visible le golpeó, le zarandeó lanzándole contra las lápidas con intención de matarlo.
—No puedo creerlo. Si no había nadie, no puedo creerlo —repitió Daisy—. Tú dijiste que Crossly estaba solo dentro del panteón, con todos afuera montando guardia, y el panteón no tiene más entrada que la puerta por dónde él entró y salió. Nadie podía entrar o salir sin ser visto.
—Están los sepulcros, Daisy, los sepulcros.
En aquel momento reapareció la monja acompañada de tres médicos, todos sonrientes y obsequiosos.
—La señorita Rawton —presentó la monja, y los doctores se deshicieron en saludos.
Marcel Pavage comprendió que ya no sería posible la comunicación con el moribundo.
—El paciente está grave. Por más que le cuidamos no reacciona, tiene un edema cerebral y parte de su cuerpo está desconectado del cerebro. Hay que hacerle una trepanación.
—Y esa intervención, ¿podría curarle? —inquirió Daisy.
—Lo intentaremos, tenemos el quirófano preparado.
El doctor jefe hizo una seña y los otros médicos se apresuraron a actuar.
Marcel vio con profunda inquietud como se llevaban al moribundo, quizás para su último viaje.

CAPÍTULO XII

Marcel Pavage se hallaba en su habitación tomando apuntes musicales en mangas de camisa, al calor del fuego de la chimenea que tenía cerca, pero no estaba muy embebido en aquella tarea, su mente parecía hallarse en otra parte.

Al otro lado de las grandes cristaleras a cuadritos comenzaba a nevar finamente. La noche era oscura y fría. Se podía llegar a pensar que se hallaba en alguna región remota y que al otro lado de la ventana aullarían los lobos hambrientos, pero no era así. Se hallaba refugiado en la mansión Rawton, rodeada de espléndidos jardines que la aislaban de otras edificaciones.

Daisy entró en la alcoba de Marcel sin llamar a la puerta.

Iba cubierta con un impermeable negro y en su mano portaba un farol de petróleo encendido.

Marcel se volvió hacia ella para decirle:

—Te he dicho que no debías venir.

—Es una locura lo que quieres hacer, pero te acompañaré.

—No, es peligroso. Allí ya ha habido dos muertes: La de tu primo americano y la del desgraciado Crossly que al fin ha muerto en ese matadero que los médicos llaman quirófano.

—Esta es mi casa. Aquí se cometen los crímenes, mi hermana no acaba de recuperarse y yo tengo que saber lo que sucede, si es que es posible averiguarlo.

—¿No temes que te ocurra lo mismo que a Aimee?

—Sí, admito que tengo miedo, pero el miedo hay que vencerlo. Además, yo te ayudaré y más de lo que crees.

—¿Tan fuerte te consideras?

—Más que tú —le miró con mucha fijeza y sonriendo levemente, con cierta seguridad y suficiencia, añadió—: Tú eres más influenciable ante lo desconocido, ante lo inexplicable como artista que eres. Yo soy más pragmática, para mí dos y dos son cuatro. En cambio, tú eres capaz de ver fantasmas.

—No será tanto. Solo quiero esclarecer lo que allí ocurrió, ya que Scotland Yard no lo ha conseguido.

Daisy insistió:

—Dos mentes pueden conseguir más que una.

—Aimee estaba acompañada de tu primo americano y ocurrió la

tragedia.

—¿Y no temes que a ti pueda sucederte lo mismo?

—Si llega el caso, espero poder defenderme.

—¿Cómo podrás defenderte ante una fuerza sobrenatural?

—No lo sé, cuando llegue el momento decidiré. Te prevengo que mi intención es abrir el sepulcro de tu antepasado Ronald y lo que puede haber dentro de él quizás te impresione tanto que termines enloqueciendo como Aimee.

—Yo no creo que las mujeres seamos más influenciadles que los hombres ante hechos desagradables y trágicos. Si tú lo resistes, yo también.

—Eres terca, Daisy. Te conozco desde hace muy poco, pero empiezo a admirarte.

—¿De veras? —preguntó, acercándosele hasta rozarle.

Marcel Pavage ciñó la cintura femenina con sus manos. La atrajo hacia sí y la besó despacio en la boca.

—Cuidado, nos vamos a quemar —advirtió la joven alzando el farol que llevaba en la mano.

En una pequeña bolsa, Marcel introdujo una pesada maza de albañil y un escoplo. Se protegió con el abrigo y junto con Daisy, se dirigió a la terraza.

—¿Y los perros?

—Me he encargado de que el guarda los encierre. Está nevando, hoy no habrá ningún intruso por los jardines, ningún vagabundo que haya podido saltar verjas o muros.

—Lo más bonito de los grandes jardines es que no se ven muros ni verjas.

—Pero los hay —puntualizó Daisy—. Lo que sucede es que están tan lejos y tan disimulados por los setos que no se ven y por lo tanto, no dan una sensación opresiva.

Seguía nevando con copos finos que dificultaban aún más la visibilidad nocturna pese al farol que llevaban consigo.

La blancura iba cubriendo la tierra, los parterres, una hierba que se quemaría con el frío. Habría que esperar a la primavera para que ofreciera nuevamente el ciclo de su agradable verdor.

Los pasos de la pareja podían oírse con toda claridad, el silencio en los jardines era absoluto.

Los copos de nieve llenaban el suelo con sigilo, como las patas de un mosquito posándose sobre la piel de su presa.

No hablaron durante el trayecto. Iban pensativos tratando de elucubrar lo que podían llegar a encontrar en el sepulcro de Ronald Harris Rawton.

Solo tenían una pista: Crossly había dicho “Ronald” antes de silenciar su boca para siempre.

—Ahí está el panteón —señaló Daisy.

Perderse en aquellos grandes jardines y más de noche y nevando, era cosa fácil, pero Daisy conocía bien aquel lugar, no en vano era hija de allí.

—¿Estás segura de que quieres enfrentarte a lo desconocido que puede ser muy macabro?

—Si tú lo haces, yo también, insisto en que tengo la cabeza más fría de lo que crees y estoy segura de que solo vas a encontrar los restos de alguien que falleció hace más de un siglo.

—Está bien, adelante.

Abrieron la verja, ya en el pequeño atrio de la edificación pétrea que guardaba los restos de varias docenas de Rawton.

Daisy sostenía el farol cuya mecha subió al máximo para conseguir más luz. Sus hombros, sus cabezas, tenían restos de nieve.

La llave giró en la cerradura de la puerta de bronce.

Al empujar, los goznes chirriaron y ante sus ojos quedó la mesa altar de granito para los oficios religiosos de los funerales, altar que ya no se utilizaba.

Allí no había ninguna cruz ni ningún otro símbolo religioso, parecía que alguien los hubiera quitado.

A derecha e izquierda, las paredes llenas de lápidas que tapaban los sepulcros.

El frío era intenso allí dentro, jamás la luz del sol penetraba en aquel recinto donde los Rawton reposaban para la eternidad.

Avanzaron entre las lápidas hasta llegar a la que correspondía a la sepultura de Ronald Harris Rawton.

—¿Estás seguro de que lo que vas a hacer merece la pena? —preguntó Daisy antes de que él tomara la maza de albañil y el escoplo.

—Sí, quiero ver lo que hay dentro, si es posible que de aquí parta la energía suficiente para matar.

Introdujo el corte del escoplo en un resquicio para separar la lápida y opinó:

—No hará falta golpear, esta lápida ya ha sido separada.

—¿Estás seguro?

—Sí, ha sido abierta recientemente, fíjate.

Hizo palanca y la lápida de granito comenzó a moverse, separándose de donde estaba encajada.

Marcel la inclinó hacia él y dejó la maza de albañil en el suelo, de forma que al depositar la lápida en el suelo no quedara totalmente aplastada. De esta manera podría cogerla con los dedos sin aplastárselos con el peso de la lápida que era mucho.

El farol iluminó un ataúd de madera negra. Era grande y se adivinaba recio y pesado, con dos asas de plata en el costado.

—Voy a sacarlo —anunció Marcel.

Tomó el féretro por las asas y lo arrastró haciéndolo pasar por encima de la lápida que estaba en el suelo.

El ruido de los roces semejaba amplificarse dentro del siniestro recinto.

—Está cerrado, voy a forzarlo. ¿Te importa?

—Total, ¿quién va a saberlo?

Ayudado por el escoplo, Marcel forzó la cerradura y así pudo levantar la tapa del féretro. Daisy elevó el farol para iluminar su interior.

—¡Noo, Dios mío! —exclamó la joven que dio un paso atrás sin poder evitarlo.

Marcel musitó:

—Es peor de lo que esperaba.

Dentro del ataúd estaban los restos de Ronald Harris Rawton, un esqueleto que miraba desde las cuencas vacías de su calavera, vestido con oscuras ropas de lana que habían resistido mejor el paso del tiempo que las carnes del ser muerto hacía más de un Siglo.

Encontrar aquel esqueleto era lo previsible, pero junto a él había una calavera que conservaba restos de una cabellera rubia, lo que convertía en historia la leyenda de Aimee. De ella solo quedaba la cabeza y no el resto del cuerpo. Sin embargo, aquello no habría sido lo más macabro. La tercera cabeza que aún estaba muy lejos de convertirse en calavera fue la que les llenó de espanto dejándoles casi sin respiración.

—¡Es la cabeza de Bette! —gritó Daisy.

Aquella cabeza pelirroja, sucia de sangre, tenía los ojos abiertos, desorbitados por el terror.

El hallazgo era tan inesperado como macabro.

—¿Sigues creyendo que el maldito esqueleto de Ronald puede haber hecho esto, que puede haberle cortado la cabeza a Bette? —casi gritó Daisy, al borde del estallido de nervios.

—No sé qué explicación dar a esto, pero hay que avisar a Scotland Yard. Estamos ante otro asesinato. Una locura desatada reina en este lugar.

—Nada podréis decir a Scotland Yard —masculló la voz menos esperada por ellos.

Se volvieron hacia la puerta para ver al ser que acababa de entrar tras ellos porque había estado vigilante y al acecho.

—¡Rawton! —exclamó Marcel, atónito.

Aquel hombre recio y corpulento, de cabello escaso y bigote largo y espeso, iba armado con un sable curvo de hoja ancha y brillante, muy afilada.

—Esta espada fue de Ronald que la trajo de las Indias. La consiguió en un olvidado templo dentro de la jungla. No sentiréis dolor, os lo prometo, corta los cuellos con un solo tajo. Debió pertenecer a algún verdugo.

—Papá, ¿te has vuelto loco? —chilló Daisy temblando, echándose hacia atrás.

—Nadie me quitará a Aimee.

—La historia se repite —gruñó Marcel—. Usted, lo mismo que el Rawton que mató a su hijo Ronald porque se había enamorado de Aimee.

—Mi sobrino el americano trató de mancillar a Aimee y le di lo que merecía. Los Rawton hacemos nuestra propia justicia.

—¿Y Crossly? Usted tiene una mente muy poderosa, ¿verdad, Rawton?

—Sí, mi mente es poderosa. Yo dominé la mente de ese insensato de Crossly y le volví loco sin que nadie se diera cuenta porque él iba a descubrirme. Me relacionó con Ronald, pero yo confundí su mente y...

—Papá, tú no puedes matar a tu propia hija.

—Te equivocas, Daisy, él puede. Ya lo hizo vuestro antepasado Winston Lionel Rawton que mató a su hijo y a su hija, ahora la historia se repite. Tu padre se ha vuelto loco por Aimee y además, él es el culpable de su inestabilidad mental.

—¡Yo no soy culpable de eso, fue el canalla que la trajo aquí para seducirla!

La pareja retrocedió hacia la mesa altar.

Rawton, cortándoles la salida, avanzaba hacia ellos con la ancha y curva espada de ejecuciones. No había posibilidad de escapar.

Marcel Pavage se interpuso entre Daisy y su padre.

Este lanzó el acero con deseos de decapitar a Marcel, pero el joven pudo esquivar a tiempo la embestida; sin embargo, Rawton manejaba aquella terrible arma con habilidad y Marcel cayó al suelo mientras el filo del acero le buscaba.

Daisy se llevó las manos a la cabeza y gritó con todas sus fuerzas.

Un estruendo ensordecedor retumbó dentro del panteón.

Rawton, sosteniendo todavía en el aire la espada curva y pesada de terrorífico filo, se volvió hacia la puerta y allí estaba Aimee con un rifle de caza mayor entre las manos.

Rawton, con un agujero en la espalda y saliéndole la sangre a borbotones por el pecho, miró incrédulo a su hija favorita.

—Aimee...

Se desplomó pesadamente y la siniestra espada cayó dentro del ataúd de Ronald Harris Rawton.

—¡Aimee, Aimee! —gritó Daisy.

Aimee dejó caer su rifle y comenzó a reír histéricamente. Sus carcajadas golpearon las lápidas de los sepulcros.

Marcel cogió a Daisy por los brazos.

—No puedes hacer nada por ella, me temo que ha enloquecido sin remedio.

Riéndose estentóreamente, la rubia y delicada Aimee abandonó el panteón y se alejó corriendo por los jardines de la enorme mansión sin preocuparse de la nieve que caía sobre ella.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts.